

MIENTRAS VIVAMOS DURMIENDO SOBRE UNA PASAJERA TRANQUI-

LOS MALES CON UNA CATEGORICA, ESENCIAL Y DEFINITIVA MOVILIZACION DE LAS CONCIENCIAS

AÑO VII - N.º 61

AGOSTO DE 1951

LIDAD ESTAREMOS OLVIDANDO UN DESTINO. — AUNO MAS: LA RESPONSABILIDAD DE UN DESTINO

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

SUMARIO

EMOCION DE CHILE. — EL PROBLEMA INTERNACIONAL, por *Julio Silva Solar*. — LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO, por *Jacques Duboin*. — LAS POSIBILIDADES DE LA PAZ, por *Jacques Chonchol*. — PANORAMA NACIONAL. — DOCUMENTOS: SITUACION ECONOMICA, POLITICA Y SOCIAL DE CHILE, por *Eduardo Frei Montalva*.

DEBEMOS GIRAR NUESTRA ANGUSTIA Y SALIR AL PASO DE NUESTROS

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

ADMINISTRACION - REDACCION

Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126 - Santiago de Chile

DIRECTOR

Raúl Oliva Murillo

SUB-DIRECTOR

Andrés Santa Cruz Serrano

COMITE DE COLABORACION

Jaime Castillo Velasco

Jorge Cash Molina

Jacques Chonchol

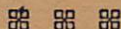
Javier Lagarrigue Arlegui

Máximo Pacheco Gómez

Julio Silva Solar

Hernán Poblete Varas

Sergio Bacza Pinto



Valor de la suscripción a la serie de 12 cuadernos, Chile:
\$ 220.—; otros países: 4.00 dólares. Las suscripciones son
recibidas por la EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.,
Casilla 3126 — Santiago de Chile.

En razón del carácter de los Cuadernos, el Director será el
único responsable de los artículos que, con o sin firma, apa-
rezcan en ellos. Los originales deben ser dirigidos a la Di-
rección: Casilla 3126.—No se devuelven originales ni se in-
sertan colaboraciones espontáneas que no correspondan al
carácter de estos Cuadernos.—Se prohíbe reproducir integra-
o fragmentariamente los artículos de estos Cuadernos, sin
indicar su procedencia.

Trabajaron en la preparación y redacción de este número:
Raúl Oliva M. y Andrés Santa Cruz S.

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO VII - NUMERO 61

AGOSTO 1951

EMOCION DE CHILE

No sabemos si pecamos de herejes, al abandonar por una vez —en estas páginas editoriales— los temas graves, serios y sesudos. Y no tenemos excusa alguna. Dificilísimo es la situación financiera de la nación; tensa su situación interna, por graves indisciplinas sociales, tanto de arriba como de abajo; efervescente el momento político, con motivo de la próxima sucesión presidencial. Temas de esa índole no faltan sino que sobran.

Pero, pesan tanto las presiones económicas, tanto se habla de marcha del país a una pendiente sin salida, de amenazas de muerte a nuestro régimen jurídico en cada conflicto que surge, de confusio-nismo y tragedias políticas, que acaso en eso mismo se halla la excusa para evadirse hacia cuestiones aparentemente triviales, en comparación con las otras. ¿Acaso el auge de la baladí novela poli-cial, en la hora presente, no marca el sentido de una evasión co-lectiva en busca de la entretención pasajera, en oposición a la an-gustia de vivir? Por otra parte no seguimos más que a medias el ejemplo del maestro Chesterton —el de las virtudes enloquecidas—, quien a veces nos apartó alegremente de la seriedad sumiéndonos en algunos de esos geniales juguetes imaginativos, como “El Napo-león de Notting-Hill”, “Manalive”, “El Hombre que fué Jueves”, y otros que olvidamos.

Este editorial adolece también de otra falta importante. Pre-tender ser un comentario, una glosa, a un libro, con el agregado de un agradecimiento a su autor. Y en cual —tal como nuestro Di-rector lo tiene bien dispuesto— debería ir al final de la revista, en la sección llamada de “Libros” y que, en razón de estas páginas, en este número se ha omitido.

Comienza Eduardo Blanco-Amor, su libro, con una exacta ci-ta de Toynbee: “La familiaridad con algo resulta el opio de la

imaginación" y él agrega, por su cuenta, en un más hermoso pensamiento, que "de tanto ver llega un momento en que ya no se ve". El "Chile a la vista" de Eduardo Blanco-Amor nos ha mostrado muchas ignoradas cosas nuestras que por conocidas dábamos por sabidas.

Sus esbozos, atisbos y escarceos —hechos de primera intención— acerca de esta tierra y de su hombre, son muchas veces geniales. Hay no se qué de maravilloso en sus descubrimientos sobre el espíritu de la raza y el sentido del paisaje. Recordamos, en este momento, el orientalismo del chileno; la gracia popular, que califica de extraordinaria categoría psicológica; cuando habla de que somos el país menos solemne de América; cuando dice que en el carácter chileno, en lucha con el medio, anda trágicamente sonriendo por igual ante la vida y la muerte. No olvidamos tampoco sus impresiones de los estrechos y canales y de Chiloé; sus estampas santiaguinas y porteñas; sus aciertos al describir Chile nortino.

Nos conmovió hasta las lágrimas ese encuentro suyo con el minero en plena faena, en Sewell, después de haber recorrido los procesos mecánicos y los engranajes de la mina. Del mismo modo, que aquella narración de su contacto con los chilenos que allá en el Sur, en Cerro Manantiales, hacían patria en los alejados campos petrolíferos. El libro de Blanco-Amor ha sido, en medio de tanto negro pesimismo del medio ambiente, como una savia nueva que ha comunicado esperanza, fe y optimismo en el futuro.

Cuánto ingenio y agudeza, cuánta finura psicológica, cuán delicado decir de este extraordinario trovador hermano, que humildemente expresa: "Yo desgraciadamente soy apenas un poeta, que ando por el mundo viendo estas pequeñas cosas de Dios y del hombre, a quien como a otro poeta: toda homilde belezza m'enamora".

Si aún los defectos los señala tan galanamente que son una invitación a remediarlos, como aquel de las gentes acomodadas del Sur que viven en una estulticia distinguida o aquel hombre mísero de la espera de los cerros de Valparaíso o la ausencia de cafés, en Santiago. Más, no sigamos adelante que caemos sin darnos cuenta en el peor defecto que Blanco-Amor achaca —con toda razón— a los chilenos: su criticismo agudo, su sentido hipercrítico para las cosas propias.

EL PROBLEMA INTERNACIONAL

por *Julio SILVA SOLAR*

Resulta casi imposible, en las actuales circunstancias, definir y realizar una acción política coherente y seria sin pronunciarse, desde un comienzo, frente a las grandes cuestiones que se debaten acerca de la situación internacional.

Lo cual, naturalmente, vale aún para las regiones más apartadas del centro del mundo; la experiencia de Chile, a este respecto, durante los últimos cinco años, es bastante viva y concreta.

Es claro que en el análisis y la interpretación de los fenómenos internacionales chocan las más diversas y contradictorias opiniones, y todavía más en el desenlace que se pronostica a los acontecimientos, donde entra a jugar un nuevo factor: la profecía.

Advirtamos de paso que aunque la mentalidad moderna, dada a lo técnico y a las comprobaciones científicas, rechaza como algo anacrónico esto de las profecías, por todos lados, sin embargo, estamos rodeados de profetas. Hay, por ejemplo, fervorosos profetas de la guerra, sin duda son los más dañinos; los hay, también, de la paz; no faltan, por otra parte, los que presagian la muerte de la civilización y el retorno a la vida primitiva. Y hasta la revolución proletaria y el nuevo mundo comunista cuentan con los profetas del materialismo dialéctico, dotados del raro poder de predecir "científicamente" el futuro histórico.

En todo caso nosotros sólo ensayaremos aquí algunos planteamientos que de una u otra manera muestren ciertas perspectivas, un tanto diversas, de las que a diario y con mayor frecuencia se nos proponen como únicos esquemas y alternativas de la situación internacional.

Por último queremos dejar establecido desde ya que muchas de las ideas que a continuación se exponen las hemos recogido de los notables artículos publicados en el número especial de la revista "Esprit", Marzo de 1951, dedicado al problema de la paz.

Parece un error calificar la rivalidad ruso-norteamericana y la de sus respectivos bloques como una simple contienda de imperialismos. Las clásicas querellas y guerras imperialistas que el mundo conoce desde hace cinco siglos son de una naturaleza claramente distinta. Protagonizadas casi siempre por las potencias europeas, ellas han estado íntimamente ligadas al desarrollo del capitalismo en el interior de esos países y a su correspondiente expansión. Revistieron primero la forma del conflicto colonial donde

las metrópolis se disputaban la hegemonía de las tierras conquistables y las ventajas de su comercio y explotación. Era la época de la formación incipiente del capitalismo en Europa.

Posteriormente, junto con el desenvolvimiento industrial, se agudiza la pugna por la conquista de mercados, materias primas, y en general de territorios o zonas de influencia y control. Cabe recordar como el episodio más importante de esta etapa, la vieja lucha sostenida entre el capital inglés, por una parte, y su más serio competidor el capital alemán, por otra, que terminó conduciendo al mundo a la primera guerra del año 1914, y tuvo especial gravitación entre los hechos que precipitaron la segunda el año 1939.

Pero, y esto es lo que interesa destacar, ninguno de dichos conflictos o guerras puso en peligro, al menos de un modo directo, la estructura misma del sistema social vigente en Europa y en las regiones dependientes. Si bien representaban violentos choques de intereses y fuerzas antagónicas de los cuales se desprendía un nuevo reajuste en la organización del predominio universal, de no escasa importancia, jamás, sin embargo, amenazaron interrumpir el desarrollo progresivo del capitalismo en la escala mundial, ni como régimen de vida dentro de las naciones.

Desde que surgió la Unión Soviética con el triunfo de la revolución bolchevique, el año 1917, cambió substancialmente el carácter de la tensión internacional.

Las contradicciones imperialistas, sin desaparecer, fueron, con todo, desplazadas y pospuestas por un nuevo conflicto que enfrentaba, no ya a los intereses encontrados del capital imperialista, sino al mundo del capitalismo en su conjunto contra el mundo comunista o en camino del comunismo. Se trata, pues, de algo que va mucho más lejos de una mera lucha económica. Estamos ahora ante dos concepciones del hombre y la sociedad; dos ideologías; dos maneras diversas de entender la vida política, la libertad y el progreso social.

La nueva situación fué comprendida por la burguesía europea desde el primer momento. Prueba de esto es que al poco tiempo del triunfo de los soviets los soldados alemanes, franceses e ingleses, que recién habían librado, entre ellos, una guerra sangrienta, debieron marchar en un solo frente contra el ejército rojo con el propósito de imponer el "orden" en Rusia.

Pero lo que en este sentido resulta más significativo y revelador es, a nuestro criterio, el hecho facista. Por un lado, instrumento bélico de agresión dirigido contra Rusia, y por otro, fantástico poder represivo de índole interna descargado principalmente con-

tra los comunistas, al mismo tiempo que lograba atraer a vastos sectores de las masas populares operando sobre ellas como una droga fascinante de excitación psicológica. Las condiciones en que logró sus éxitos fueron, es claro, muy particulares.

Que después el monstruo hitlerista creado por los grupos más reaccionarios de la burguesía internacional haya adquirido vida propia y olvidando transitoriamente sus promesas de marchar sobre el este se volviera primero contra occidente, no prueba otra cosa que el curso real de los acontecimientos históricos no siempre se ajusta a los planes trazados de antemano, sobre todo si como en este caso, una política débil y confiada de Inglaterra y Francia acicateaba el voraz apetito del Sr. Hitler y azuzaba antiguas querrelas imperialistas y sentimientos de revancha.

Pero es en las circunstancias presentes, después de la fugaz armonía impuesta por las necesidades de la guerra, que la contienda entre el mundo capitalista y comunista ha llegado a su punto culminante. Muchos creen que una tercera conflagración es ya inevitable y trazan su conducta de acuerdo con este supuesto, procurando sólo, a esta altura, conseguir una ubicación expectable dentro de su respectivo bloque.

Como muy bien afirma Le Bret "no puede haber paz posible mientras subsista el doble muro de enemistad entre, de un lado, las personas y las naciones privilegiadas y del otro, las personas y las naciones explotadas" (1).

En tanto esta situación se mantenga es evidente que la paz no será más que un arreglo provisorio de los conflictos y tensiones internos e internacionales.

No obstante es fundamental en el análisis que estamos haciendo señalar aquello que de un modo más inminente, hoy día, amenaza con romper tal arreglo y llevar al mundo hacia una nueva guerra.

La política de rearme y en general de preparación para la emergencia bélica como también de implacable campaña anti comunista, en que se encuentra empeñado el gobierno de los Estados Unidos y sus aliados, está fundada, según declaraciones de sus dirigentes máximos, en el encomiable propósito de no caer en otro Munich, asumiendo esta vez una firme actitud ante cualquier posible agresión soviética, lo que por otra parte, así lo expresan, vendría a ser el único camino efectivo para mantener la paz.

Sobre tales bases, sin embargo, se están creando y desarrollando condiciones económicas, políticas y psicológicas de tal na-

(1) *Masses ouvrières*. Enero de 1951, pág. 58.

turaliza que en un momento dado y bajo la presión de los grupos belicistas, que controlan la industria de guerra, la producción atómica, y cuyos intereses y miras imperialistas cubren, como nunca antes, extensas zonas de Europa y Asia, podría pasarse, casi imperceptiblemente, de la defensa a la agresión arrastrando al pueblo americano a la aventura de una guerra preventiva que la propaganda se encargaría de presentar en la forma más adecuada valiéndose de cualquier incidente.

Desde otro punto de vista la confusión en que a menudo se incurre entre los términos "occidente" y "cristianismo", identificándolos casi como si fueran una sola cosa, favorece la prédica y el clima propicio a una cruzada que se emprendería en nombre de Dios y la civilización contra la "barbarie roja". Por el camino que incita a un odio fanático e indiscriminado hacia los comunistas y los países de la órbita soviética fácilmente se llega, también, a la idea de la guerra preventiva. Jean Lacroix recomienda a estos nuevos cruzados que antes de pretender imponer el espíritu cristiano a otros por la fuerza, lo establezcan primero en ellos mismos abandonando desde luego la idea de cruzada.

"¿Cuándo comprenderán los anti comunistas, pregunta el padre Lebret, que sólo hay un derrotero para terminar con aquello que causa sus temores: ir más rápido que el comunismo hacia el establecimiento de una sociedad sin clases y de un mundo sin países explotados? Los occidentales pierden su tiempo y gastan su dinero en cualquier otra solución" (1).

Tales nos parecen los factores o elementos más importantes que desde el lado occidental ponen en peligro la paz.

Pero miremos ahora hacia el otro sector. La política exterior rusa, de acuerdo con principios muchas veces enunciados y reiterados por Lenin y Stalin y que bien podrían considerarse ya tradicionales, se basa en la posibilidad de la coexistencia pacífica y del intercambio comercial entre los países de régimen capitalista y los de régimen socialista. Stalin ha declarado: "Cada pueblo tiene el sistema que desea y puede sostener. En cuanto a saber qué sistema es mejor la historia lo dirá. Hay que respetar los sistemas acogidos y aprobados por los pueblos. Que el sistema de Estados Unidos sea bueno o malo, es cosa que el pueblo norteamericano tiene que decidir. La cooperación no exige que los pueblos tengan el mismo sistema. Es necesario partir del hecho histórico de la existencia de dos sistemas aprobados por el pueblo. Sólo sobre esta

(1) *Masses ouvrières*. Enero de 1951, pág. 59.

base es posible la cooperación" (2). Y en otra ocasión agregó: "... la revolución en los demás países tendrá lugar cuando los revolucionarios de esos países encuentren que ella es posible o necesario. La explotación de la revolución es un absurdo" (3).

Con todo, la tesis comunista completa no es tan simple. Es bien sabido que según el marxismo el régimen capitalista está condenado a perecer y a verse suplantado por el socialista. Desde luego, entonces, la coexistencia planteada por Stalin no podría ser duradera sino transitoria. De ahí que muchos en occidente crean, particularmente entre sus clases dirigentes, que la coexistencia no es más que una pura táctica oportunista agitada por Moscú y que la destrucción del capitalismo que el marxismo busca, será acometida por Rusia mediante una guerra universal que desencadenaría oportunamente cuando se sintiera segura de ganarla.

Creemos sin embargo que en semejante raciocinio hay un error, que induce a muchos otros, y hace plantear mal el problema de la cuota de riesgos para la paz del mundo que va envuelta en la política soviética.

Los marxistas piensan que el capitalismo morirá en virtud de sus propias contradicciones y conflictos internos insolubles y no por obra de una guerra mundial. La Rusia de hoy como la de Litvinov, anterior a la segunda guerra, quiere la paz porque así aumentan hasta el infinito para ella y sus países amigos las posibilidades del desarrollo socialista, mientras que cada día de paz, aseguran, agudiza las dificultades y trastornos sin salida en que vive el sistema capitalista precipitándose, de este modo, su colapso definitivo. Es el capitalismo quien necesita de la guerra para subsistir, afirman, "lleva en sí la guerra como la nube a la tempestad" (Jaurés).

Convencidos, como están, de esta tendencia natural del capitalismo a la guerra no parecen muy dispuestos, por tanto, a pagar un precio demasiado alto por la paz, como sería, por ejemplo, contener o dejar sin apoyo en las actuales circunstancias a los movimientos revolucionarios del Asia o de otros lugares. Constituiría a juicio de ellos, desde luego, un sacrificio seguramente estéril.

Es precisamente aquí donde reside el problema. Debemos completar ahora el cuadro íntegro de la posición soviética con otras declaraciones del mismo Stalin: "No estamos contra todas las guerras", dice. "...estamos por la guerra liberadora, anti imperialista, revolucionaria, aunque tal guerra como se sabe lejos de igno-

(2) 9 de Abril de 1947. a H. Stassen.

(3) 1.º de Marzo de 1936. a Roy Howard.

rar los horribles desparramos de sangre los conozca en abundancia" (4). Además está decir que estas guerras casi siempre terminan sustrayendo territorios a la influencia política y a los intereses del capitalismo e incorporándolos de una manera bastante rígida al campo soviético.

Podrá tenerse respecto de estos movimientos, del impulso y ayuda que la Unión Soviética les presta, y del conflicto armado que con frecuencia acarrearán, la opinión que se desee, pero, lo que sin duda parece evidente es que si la política comunista se desboca por la pendiente de estas llamadas "guerras de liberación" y resulta indiscutible, detrás de ellas, la mano rusa que las mueve, difícilmente podría mantenerse la paz entre las grandes potencias.

J. W. Lapierre expresa la situación que hemos venido describiendo y sus eventuales consecuencias en los términos que siguen: "Si se quiere el triunfo universal de la revolución comunista bajo la hegemonía de la "patria del socialismo" y por la expansión del régimen político y social del cual ella nos ofrece el modelo, con sus koljoses y sus sovjoses pero también sus campos de "trabajo correctivo", con sus sindicatos y sus clubs de fábrica pero también sus carnets de trabajo y la ausencia del derecho de huelga, con su cultura popular pero también la supresión de la libertad de prensa, con su "edificación socialista" y sus planes quinquenales pero también su tiranía policial y sus falseados procesos políticos, etc. Entonces no hay más que un camino el de las guerras "liberadoras", la única posibilidad de victoria del comunismo en Europa y en Asia en las circunstancias actuales... pero tarde o temprano estas guerras liberadoras, primero localizadas, se generalizarán y transformarán en guerra mundial y total. Si se quiere la dominación mundial del capitalismo bajo su nueva forma tecnológica, tal como la predica un James Burhnham, bajo la hegemonía de los Estados Unidos y por la organización de la producción y de los mercados según las exigencias del "gran negocio", con su alta productividad pero en provecho de las altas ganancias de una minoría, su carrera de salarios y de precios, su cesantía crónica, con su libertad de prensa pero al servicio casi exclusivo de los que pueden financiar un periódico, con su libertad de pensamiento pero también su civilización del "digest", su reino del slogan y de la publicidad, sus libertades sindicales pero también su ausencia de conciencia de clase, con su "humanismo" y "civilización cristiana" pero también su envilecimiento de la conciencia por el dinero y su explotación del hombre por el hombre. Entonces no hay

(4) 17 de Enero de 1930. Carta a Gorki.

más que un camino, el de la guerra preventiva, único medio en la crisis contemporánea de detener la expansión del comunismo" (1).

¿Sería verosímil situarse en una perspectiva distinta y luchar por otra alternativa? ¿Admite la realidad actual alguna salida que escape al dilema planteado? Creemos que sí.

Los grupos dirigentes de Estados Unidos saben muy bien la destrucción fantástica, sin precedentes, que sufrirían sus ciudades e industrias en el caso de una guerra atómica y comprenden, además, que el resultado final es demasiado incierto.

Por otra parte Rusia y los comunistas del mundo entero, después de lo ocurrido en Corea, y estando al parecer antes que nada empeñados, de acuerdo con sus propios principios y conveniencias, en preservar la paz, no sería raro que en lo sucesivo asumieran una actitud más cuidadosa frente a situaciones similares.

Todo lo cual, unido a los firmes propósitos de no dejarse conducir a una nueva guerra que se advierte en los pueblos y dirigentes de la India, los países árabes y Europa, nos hace concluir que no es aventurado esperar que la tregua en que vivimos se prolongue por algún tiempo, digamos, diez o quince años para dar una cifra.

Lo importante es tomar conciencia de que cada minuto de este tiempo es decisivo y no debe malgastarse.

La coexistencia de los bloques, dice Lacroix, es una fórmula pasajera cuyo valor y sentido reside en las posibilidades que les ofrece de transformarse. Si ninguno de los dos sistemas se modifica la guerra es fatal.

Al respecto resulta de interés mostrar la opinión que en esta materia y en relación con Rusia y el mundo soviético, expresó el diputado del laborismo inglés Mr. Zilliacus cuando declaró en el proceso judicial seguido por Víctor Kravchenko contra la revista "Lettres francaises", en París. Dijo: "Es evidente que los conceptos de libertad civil son en Rusia muy diferentes a los nuestros. Si existen personas tan inocentes que desconocen esa verdad elemental, no soy yo una de ellas, y creo con toda franqueza que harán falta aún unos treinta años antes de que los países de la revolución social, comprendida la Rusia soviética, lleguen a tener los conceptos de libertad, derechos del individuo y de las minorías que se parezcan a los nuestros, siempre que haya una política de amistad hacia esos países... Si se incita por el contrario a la guerra, como en el caso del Sr. Kravchenko, si se crea un ambiente de desconfianza, entonces los regímenes revolucionarios no avanzarán, a la manera de esos indígenas sobre los que escribían dos exploradores

(1) *Esprit*, Marzo de 1951, pág. 378.

en tono indignado que eran feroces e intratables porque cuando disparaban sobre ellos se atrevían a responder. Si se habla de guerra y de intervención, es evidente que esos regímenes se movilizarán y se pondrán en pie de guerra, agravando con ello sus características de estados policíacos" (1).

En occidente, según nuestro modo de ver, la responsabilidad principal recae sobre algunas fuerzas avanzadas y progresistas entre las cuales ciertos sectores socialistas y social cristianos constituyen la base fundamental. De la conducta que sigan estos grupos políticos depende, en gran parte, el curso futuro de los acontecimientos.

La primera tarea urgente que se plantea es la de recuperar la lucidez y escapar al aturdimiento provocado por la política de bloques y de guerra inminente, hábilmente conjugada e introducida en las consignas y fórmulas del "anticomunismo".

Presentar a un solo bloque como el responsable de todo, significa hacer política de guerra y propaganda de guerra. Un sobrio esfuerzo de objetividad e información se hace necesario para no dejarse envenenar por los sectarismos que promueven la política pueril del bando de los buenos contra el bando de los malos, cuando no, de la ramplona división geográfica del mundo por una línea imaginaria que separaría de un lado, la democracia y el mundo libre, y del otro, la tiranía y el terror. Tales planteamientos no sólo están muy distantes de la verdad sino que lejos de crear posibilidades de paz van conquistando las conciencias para la guerra.

No se trata con esto de propiciar una absurda y utópica posición de neutralidad o de tercer frente que en el caso de una guerra próxima sería imposible. Lo que importa al rechazar esta política de bloques herméticos es sacar el problema de los términos militares en que desde hace tiempo se viene planteando en forma interesada y falsa, resistir la adhesión indiscriminada que se exige, producir un ambiente psicológico favorable a la paz y no a la guerra, y por último, y esto es lo esencial, escapar a los efectos naturales de esta política que paraliza toda transformación importante del régimen capitalista y estanca el desarrollo económico y político de las zonas atrasadas.

Si se quiere lograr una paz durable y sólida, capaz de justificarse ante los pueblos, es imprescindible que occidente, una buena parte de él por lo menos, deje de ser capitalista. Hay una revolución en marcha que responda sin duda a los anhelos y necesidades impostergables de las masas populares y que en Rusia, Europa

(1) Kravchenko contra Moscú, pág. 149-150.

oriental, China, etc. se está haciendo en gran parte a sangre y fuego, bajo formas de dictadura política y a través de la dirección casi exclusiva de los comunistas. La paz podría ser ganada por un vasto frente de fuerzas renovadoras — de ninguna manera cerrado a los comunistas pero sí al control del comunismo—, que agrupando a las clases trabajadoras pudiera realizar en occidente, dentro de la libertad, esta revolución de las estructuras sociales que los tiempos reclaman.

El futuro dirá si este camino fué posible.

LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO

por Jacques DUBOIN

Destrucciones de productos alimenticios para disminuir la producción y mantener los precios en un mundo en el cual más de las dos terceras partes de los habitantes del planeta se hallan subalimentados:

1.—Estados Unidos durante la primera experiencia Roosevelt: En 1933 se destruyeron dos millones de toneladas de maíz y un volumen considerable de trigo. Se sacrificaron 6 millones 200 mil marranas, lo mismo que 400 mil vacas que permitieron reducir en un 15% la producción de leche. En Los Angeles 200 mil litros de leche fueron arrojados durante varios meses al alcantarillado; en Harford 20 mil litros cada día. Se arrancaron 80 mil duraznos y se destruyó la mitad de la cosecha de peras en el valle de la Rocque; se dejó podrir sin cosechar 10.000 Has. plantadas con fresas; varios cientos de miles de ovejas fueron sacrificadas con prohibición de vender la carne. Miles de toneladas de papas, de repollos, de tomates y de melones fueron destruidas para “sanear” los mercados respectivos. Hay todavía algo peor. En 1934, 3.000.000 de agricultores recibieron en dólares el equivalente a 12 mil millones de francos para que dejaran sin cultivar 18.400.000 hectáreas de campos cultivados. En 1935 la superficie cultivada con algodón fué reducida en un 28% por orden del gobierno.

2.—Brasil a su vez destruyó, botando al mar o quemando, desde el 1º de Julio de 1931 hasta el 15 de Agosto de 1936, 37 millones de sacos de café. Cada saco contenía 60 kilogramos de café listo para ser molido. Esto representaron 60 kilos para cada uno de los miembros de una población de 37 millones de habitantes.

3.—Desde 1930 la República Argentina “sanea” el mercado de su vino, sustrayendo 6 millones de hectólitros al consumo. En 1932 la provincia de Mendoza indemniza a los viticultores que no transforman su uva en vino y logra sustraer del cultivo de la vid 25 mil hectáreas. Se gastan 23 millones de pesos para tener menos vino.

En 1934 se deja morir de calor a varios miles de ovejas no esquilándolas. El precio de la lana sube y se anuncia el fin de la crisis.

4.—En Java por orden del gobierno se logra hacer bajar la

producción disminuyendo el número de hectáreas de tierras habitualmente plantadas con caña de azúcar. De 198.600 hectáreas que daban 2.870.000 toneladas de azúcar en 1930 se llega a 29.453 hectáreas que dan 515.511 toneladas en 1935.

5.—En Cuba una ley prohíbe producir anualmente más de tres millones de toneladas de azúcar, cuando con los medios disponibles es posible producir 5 millones.

6.—Se destruye en Canadá grandes cantidades de trigo, cebada, avena, maíz, frutas, y se disminuye las tierras sembradas en 800 mil hectáreas.

7.—En Ceylan 20 mil toneladas de té fueron botadas al mar.

8.—En Dinamarca, en 1933, se sacrificaron 1.500 cabezas de ganado por semana, dando el gobierno una prima de 10 coronas por cabeza.

9.—En Rumania se arrojó al mar un millón de naranjas importadas de Palestina con el fin de detener la baja del precio de las naranjas, gracias a la cual muchos rumanos iban a poder comer esta fruta.

10.—En Holanda, las medidas adoptadas para disminuir la producción de leche incluyen especialmente la destrucción de 200 mil vacas lecheras, lo que provoca un alza de la leche y de la manteca que obliga a los holandeses a importar margarina. Al mismo tiempo la leche condensada se exporta a Marruecos, donde se la utiliza para engordar chanchos.

11.—En Hungría se prohíbe el empleo de máquinas agrícolas en 1936 para disminuir la producción.

12.—En Irlanda los excedentes de cerveza son arrojados a las acequias.

13.—En Noruega se reduce de 6 a 3 meses el período de caza de ballenas, porque los stocks de aceite eran 3 veces superiores a los de 1928.

14.—En Grecia una parte de la cosecha de uvas es transformada en alcohol que sirve para iluminar las calles.

15.—En Francia en los alrededores de 1934, tres buenas cosechas obligan al gobierno a dar una prima de 50 a 90 francos por quintal para que 13 millones de quintales sean vendidos al extranjero a un precio tan bajo como para atraer al consumidor del otro lado de las fronteras. Siendo esta medida insuficiente, 11 millones de quintales de trigo excedentes son desnaturalizados, mezclándoseles con colorantes de manera que no puedan ser consumidos por los franceses.

(Datos tomados de la obra de Jacques Duboin: "LIBERATION").

LAS POSIBILIDADES DE LA PAZ (1)

por Jacques CHONCHOL

Mucho se habla y muchos son los que hablan hoy día sobre la necesidad de salvar la paz y de evitar que la humanidad entera se vea precipitada en una guerra más cruenta y destructiva que el conjunto de todas las que se han producido hasta el presente; y cuyas totales consecuencias, por más imaginación y espíritu profético que se tenga, son difíciles de preveer en toda su integridad. Sin embargo, y como si existiera una especie de genio maléfico que gustara burlarse de los hombres haciendo todo lo contrario de lo que éstos expresan y desean, mientras más se habla de paz más se encamina el mundo hacia la guerra. Y esta no existe sólo al estado latente, como una tormenta que estuviera en gestación y cuya acumulación creciente de energía pudiera hacerla estallar en cualquier momento, sino que además se manifiesta ya abiertamente en algunos puntos del globo, como Corea e Indochina, donde mueren cada día miles de hombres, mientras el resto habla de paz, firma manifiestos que contribuirán a salvarla y hace al mismo tiempo preparativos para la guerra.

Este total desacuerdo, y esta oposición creciente, entre lo que se dice pretender y lo que está ocurriendo efectivamente, se debe a que la mayoría de los hombres, viviendo en un clima de falta absoluta de información objetiva, han renunciado a pensar por su propia cuenta, y se dejan arrastrar por los slogans y la propaganda interesada, que bajo el pretexto de luchar por la paz, autoriza y sanciona acciones que están conduciendo indefectiblemente hacia la guerra.

Nos parece pues que nuestro primer esfuerzo, si queremos contribuir a salvar la paz, es el de tratar, a pesar de las muchas dificultades que esto presenta, de ver claro y de pensar en función de los hechos reales y no de las propagandas; y una vez logrado esto, luchar por destruir, al menos entre aquellos que nos rodean, toda una serie de mitos y de falsos dilemas entre los que se pretende encerrarnos, como si ellos fueran fatales e inevitables.

Tenemos pues que examinar en primer término la actual situación internacional tal como ella se nos presenta realmente y no tal

(1) Un buen número de las ideas que aquí se exponen han sido tomadas del número especial de Marzo de 1951 de la revista "ESPRIT", dedicado al problema de la paz.

como se nos la quiere presentar. Tenemos que ver en segundo lugar si es posible la coexistencia pacífica de éstos dos grandes bloques que hoy día se afrontan o si la lógica interna de cada uno de ellos los conduce inevitablemente a la guerra; y si esto fuera así, considerar cuales serían las acciones posibles que podrían contribuir a romper los límites de este callejón sin salida en que hoy se mueve la humanidad. Tenemos también que tratar de saber de donde viene hoy día el peligro más inminente de guerra para poder atacarnos a él antes que nada, puesto que representa la amenaza más pronta. Y tenemos por último que tratar de averiguar cuales son los objetivos esenciales que persiguen hoy los pueblos del mundo; si éstos objetivos son compatibles con la mantención de la paz, y hasta donde, en caso que no lo sean, los pueblos están dispuestos a sacrificarlos para salvar a ésta. En una palabra, se trata de saber si la paz es el valor supremo a quien todo lo demás debe ser sacrificado, y si no es así, en que condiciones ésta es posible.

*

*

*

Si examinamos objetivamente el actual panorama internacional vemos que como consecuencias de la última guerra quedaron dos grandes potencias, Estados Unidos y Rusia, dominando completamente la situación mundial, y que ellas están luchando hoy día entre sí para imponer al mundo sus respectivas concepciones ideológicas, políticas y económicas. En los años que han transcurrido desde la terminación de la segunda guerra mundial han logrado ya dividir al mundo en dos bloques de naciones, formando en torno suyo coaliciones de pueblos a los que tratan de unificar en forma cada vez más cerrada y homogénea alrededor de ellas y a separar al mismo tiempo en forma cada vez más profunda entre ellos. Esta evolución de la situación internacional que tiende a acentuarse progresivamente en este sentido que acabamos de indicar, conduce a las naciones "auxiliares" de cada uno de éstos bloques a alinearse ideológica, política y económicamente, en forma cada vez más pronunciada y uniforme en torno a las posiciones de las dos grandes potencias cabezas de bloque, lo que las obliga a contrariar a menudo la vocación tradicional de su cultura y la defensa e integridad de valores que les han sido esenciales, y lo que lleva por otra parte a una abstracción y simplificación totales de los complejos problemas que afectan a la humanidad, que están muy lejos de ayudar a resolverlos. Así, el mundo vé hoy día a dos bloques viviendo en una situación de tensión y oposición que por su dialéctica misma no puede tener más salida que la nueva guerra.

Ahora bien, no se puede decir que ninguno de éstos dos bloques quiera la guerra, puesto que este es siempre un medio al que se recurre cuando aquellos que serían menos onerosos han fracasado; pero es un hecho que tampoco ninguno de los dos está dispuesto a renunciar, ni por otra parte lo podría, a sus objetivos de dominación y unificación mundial bajo su propio signo o interés. Y así vemos a un imperialismo revolucionario de tipo primordialmente económico enfrentando a un imperialismo revolucionario de tipo comunista-stalinista. Y la necesidad de expansión que está inscrita en la existencia misma de ambos imperialismos los está conduciendo rápidamente a una situación tal, que la división del mundo consumada y el campo de cada uno de ellos rígidamente organizado, no les quedará más solución que la de un conflicto armado en escala universal.

Pero hay algo más. Estos dos bloques viven hoy en una situación psicológica de tensión extrema, y si la oposición de sus realidades económica y de sus necesidades ideológicas pudiera demorar en llegar a su punto crítico y retardar así el estallido del conflicto, la psicosis de miedo el uno del otro en que viven, lo puede más adelante, por razones tanto doctrinarias como de orden práctico, no desea la guerra. Pero vive sin embargo con el temor de ser atacada por el imperialismo capitalista. Esto la induce pues a armarse y a prepararse para la guerra. Y al mismo tiempo este temor la conduce a endurecerse y a homogenizar su bloque, y a restringir cada vez más la libertad en él, puesto que ve detrás de cada oposición y desacuerdo, que en otras circunstancias podrían parecer normales y propias de la diversidad de los hombres y los pueblos, la actuación de la corrupción y del espionaje capitalista.

Por el otro lado, los componentes del bloque occidental tampoco desean la guerra, pero están viendo cómo la revolución comunista dirigida por Rusia se va extendiendo por el mundo, puesto que ha sabido conjugar sus intereses con las aspiraciones de liberación cada vez más fuertes de las masas proletarias y de los países coloniales, quienes hoy día ven en ella su única esperanza de un destino mejor. Y entonces, sin desear la guerra, pero por miedo a esta revolución, están corriendo hacia ella. Y los Estados Unidos pretenden unificar cada vez más a este bloque occidental, hacerlo más compacto, homogéneo y de reacciones automáticas similares a las suyas. Y este endurecimiento y simplificación de las cosas por el miedo, hace que el bloque occidental vea cada vez más la presencia soviética debajo de las justas reivindicaciones de su proletariado y de las explosiones de los nacionalismos coloniales por largo tiempo

oprimidos por el capitalismo. Y por este temor se arman y se preparan para la guerra.

Y ambos bloques se dicen pacifistas, pero pacifistas contra el otro, que según ellos quiere la guerra. Y la prueba está dicen en que se está preparando para ella. Y así cada uno justifica su propia preparación para la misma.

*
* *
*

Del breve examen que acabamos de hacer sobre la actual situación internacional, se desprende que el mundo se encuentra dividido hoy en dos bloques, cuya separación y oposición tiende a acentuarse cada vez más, al mismo tiempo que ellos se hacen interiormente más y más homogéneos en sus reacciones frente al otro, todo lo cual tiende a crear una tensión internacional extrema, la que agudizada por el clima psicológico de mutuo temor en que viven el uno con respecto del otro, conduce a la humanidad entera de una manera directa a una situación de guerra.

Siendo esta la verdadera situación, para saber si la paz tiene todavía alguna posibilidad de subsistir, la primera pregunta que debemos hacernos es la de si es o no posible la coexistencia pacífica de estos dos bloques, cuya realidad y oposición nadie podría negar.

En repetidas ocasiones, tanto los dirigentes del bloque occidental como los del bloque oriental han afirmado que esta coexistencia pacífica era posible, "y no solamente posible, sino que además razonable y plenamente realizable" como le dijera Stalin en una ocasión a Elliot Roosevelt, quien lo entrevistaba.

Sin embargo, si vamos a la raíz del asunto y no a las meras declaraciones transitorias destinadas a servir una política momentánea nos será fácil darnos cuenta de que esta coexistencia es, a medida que pasa el tiempo, menos y menos posible. En efecto, lo que opone a ambos bloques no son meros intereses territoriales o económicos, a los cuales siempre es posible encontrar solución, si se desea buscarla, cuando las naciones que los plantean pisan sobre un mismo terreno básico común. Entre un mundo capitalista en cambio, con todo lo que él contiene y significa y un mundo marxista-leninista, que por esencia y definición no puede ser sino que intolerable frente a un sistema del cual él se afirma dialécticamente como su negación y superación, no puede haber a la larga entendimiento posible, ni por el uno ni por el otro lado. Aquí se perdería el tiempo si se tratará de acudir para solucionar esta situación y hacer posible la coexistencia, a un espíritu de tolerancia recípro-

ca. La oposición entre estos dos sistemas no es problema de voluntades, sino que de esencias, y estas dos esencias, la capitalista y la comunista, son por definición intolerantes y excluyentes cada una con respecto de la otra.

En consecuencia, la coexistencia pacífica de estos dos bloques es a la larga imposible, y como lo afirma con toda razón Jean Lacroix (1): —“La guerra es fatal si ninguno de los dos sistemas se modifica”.

Pero entendámonos bien. Hemos dicho que la coexistencia pacífica es a la larga imposible, lo que no quiere decir que ella sea ahora imposible, y este factor tiempo que es factible introducir entre el momento presente y aquel en que la crisis tendrá fatalmente que estallar en guerra, es el que dá algunas posibilidades a la paz. Y es en él, si queremos salvar a ésta, en el que hay que injertar una acción inteligente, audaz y decidida, que permita romper la dialéctica fatal de los bloques y lograr que los hombres dejen de ser partidarios ciegos o forzados del uno o del otro, única posibilidad de salvar la paz.

Lo repetimos: creemos que hoy día la coexistencia pacífica es posible, y hay que tratar de mantenerla para poder actuar durante este tiempo que todavía podemos tener, en un sentido que favorezca la mantención de la paz.

La coexistencia pacífica es hoy posible por el lado de Rusia, puesto que como lo manifestamos anteriormente, ésta no desea la guerra. Y este hecho está de acuerdo no sólo con la esencia del marxismo-leninismo-stalinismo, sino que además con ciertas realidades de otro tipo que es conveniente recordar. En primer lugar Rusia no desea la guerra de acuerdo con la doctrina comunista, puesto que para los dirigentes soviéticos el comunismo, que identifican con la realidad histórica del mañana, surgirá como un desenlace lógico de las contraindicaciones del sistema capitalista, y para su creación, en la cual coadyuda la acción del proletariado mundial conducido por los partidos comunistas y dirigido por la Unión Soviética, todos los cuales se mueven en el sentido de la historia, no se necesita la guerra. Por el contrario, ellos estiman que ésta sería la última defensa, a la que acudirá el régimen capitalista para tratar de salvarse de sus crisis inevitables.

Pero fuera de estas razones doctrinarias, que son poderosísimas, existen también una serie de razones de hecho que nos hacen pensar de que Rusia no desea la guerra. En efecto, el pueblo ruso ha sufrido con la última guerra, de la cual nos separan apenas seis

(1) “ESPRIT”, página 330.

años, millones de bajas humanas y destrucciones materiales inmensas, de todas las cuales está aún lejos de poder reponerse, y psicológicamente está muy cerca de los recuerdos del último conflicto, para que se le pudiera preparar con eficacia para un próximo, que él sabe que sería mucho más terrible aún, dadas las armas de que ahora disponen los combatientes sin considerar siquiera la bomba atómica, y que a nuestro parecer no vacilarían en aplicar en una verdadera guerra a muerte de civilizaciones y sistemas como lo sería ésta. Además, Rusia, debilitada como se encuentra, y obligada más encima a ayudar al desenvolvimiento económico de las democracias populares, al mismo tiempo que a organizar política, económica y culturalmente a las naciones que integran su bloque, sin olvidar su propia recuperación y la prosecución de sus procesos de desarrollo y planes quinquenales, está lejos de poder disponer hoy del poderío material suficiente como para enfrentar con posibilidades de éxito los casi ilimitados recursos del mundo occidental, movilizables mucho más rápidamente en caso de guerra.

Se nos podría objetar de que si Rusia, gracias a su superioridad militar presente, frente a la cual los occidentales no podrían oponer sino que débiles e ineficaces defensas, que serían rápidamente arrolladas, ocupara toda Europa Occidental, el poderío material de que entonces dispondría sería superior al que le quedaría al mundo occidental, reducido sólo a las Américas y a ciertas regiones asiáticas y africanas. Pero esta acción equivaldría desde ya a una declaración de guerra total por parte de ella, y la obligaría a sacar de su territorio a millones de hombres para utilizarlos como ejércitos ocupantes, y por las razones dadas, no creemos que su pueblo esté actualmente en condiciones de soportar una acción de esta naturaleza. Por otro lado es indudable que los dirigentes soviéticos tienen que haber pensado de que las reacciones que esta ocupación produjera en las masas de Europa Occidental mucho más civilizadas e individualistas, tal vez no serían del todo favorables. No hay que olvidar el distinto nivel de cultura y el atraso en que todavía se encuentra el campesino y el hombre medio ruso con relación a los de Europa Occidental, y este contacto y el recuerdo de la ocupación alemana podría estar muy lejos de favorecer el desarrollo del comunismo por las resistencias humanas que podrían despertarse. Creemos que a este respecto vale la pena consignar aquí una reflexión que le oímos a Jacques Thibault, quien la había escuchado a su vez de un diplomático austríaco: —“Los dos grandes errores en que la invasión alemana y su posterior rechazo obligó a incurrir a Stalin —decía éste—, fueron los de mostrar sus solda-

dos a Europa y de mostrar Europa a sus soldados”.

Como consecuencias de todos estos hechos anotados, además de las razones doctrinarias, pensamos de que los rusos no optarán por ocupar Europa Occidental, a menos de ser atacados. Y aunque esto signifique que mientras tanto los países del Pacto Atlántico tengan tiempo de armarse y quedar así en mucho mejores condiciones militares que las actuales, nos parece que toda la campaña pro-paz de los partidos comunistas occidentales y de los partidarios de la paz que de ellos dependen, está indicando de que Rusia preferirá realizar sus objetivos, tratando de conservar la paz, con la seguridad de que así las contradicciones del capitalismo, unida a la acción revolucionaria de las masas proletarias del mundo occidental y a su hábil juego político, le darán tarde o temprano la superioridad y la seguridad de la victoria.

Sin embargo, este deseo de conservar la paz, la que actualmente les hace su juego, se ve comprometido a los ojos de los dirigentes soviéticos por la conciencia que ellos tienen de que la única solución del capitalismo es declararles la guerra antes de que sea demasiado tarde para él. Y es por eso que no hacen muchas concesiones para conservar la paz, las que piensan serían al fin inútiles, y que se arman y se preparan para la guerra, pero sólo para defenderse en caso de ser atacados militarmente, puesto que su acción ofensiva contra el mundo capitalista la están realizando a través de los partidos comunistas de todo el mundo que conjugan su acción con los movimientos reivindicatorios de los proletarios y con los levantamientos de los nacionalismos coloniales, a los cuales Rusia ayuda, pero sin comprometerse tan directamente como para que esto signifique una réplica directa contra ella de parte de los países capitalistas. Es cierto que por esta acción revolucionaria que ayuda a realizar, Rusia aumenta sus riesgos de ser atacada, puesto que es posible que llegue un momento en que los países capitalistas prefieran la guerra preventiva, a ver como, mediante revoluciones y guerras indirectas, los pueblos se van pasando al otro campo. Pero en todo caso, esta acción representa por ahora un riesgo de guerra menor para Rusia, por la debilidad militar presente y por la falta de uniformidad absoluta en las reacciones de los países occidentales, que si ella invadiera Europa Occidental.

Siendo a nuestro juicio, esta que acabamos de indicar, la situación por lo que respecta a Rusia y al bloque oriental, veamos ahora cual es la que corresponde al bloque occidental.

A nuestro parecer los miembros de éste tampoco desean la guerra, pero la posición de este bloque es tal, que pensamos que

fatalmente el peligro más inminente de que estalle una guerra general, viene de su lado, aunque ninguno de los que lo dirigen la desee. Pensamos que aquí tampoco se trata, si las bases sobre las cuales evolucionan los acontecimientos no se modifican, de un problema de voluntades, sino que de un encadenamiento fatal de hechos que no dejarán otra salida. Nos explicamos.

Creemos que si el mundo occidental no se modifica profundamente, tarde o temprano tendrán que triunfar en él aquellos que sostienen que la única solución es la de una guerra preventiva contra Rusia, una vez que las naciones del Pacto Atlántico se hallen lo suficientemente preparadas para ella.

Hemos dicho que el tiempo está hoy día jugando a favor de Rusia, y no nos cabe la menor duda de que él seguirá jugando a favor suyo, y de que se continuarán produciendo revoluciones y levantamientos coloniales, a los que ella indirectamente ayudará, que harán pasar cada vez mayor número de países a su campo de influencia y crearán cada vez mayor malestar entre las masas del mundo capitalista endurecido por el temor al comunismo; a menos de que el mundo occidental decidiera modificar fundamentalmente sus actuales estructuras económico-sociales, en las cuales se encuentran inscritas las crisis económicas, el desequilibrio, la inseguridad y la opresión. Sólo así Occidente podría esperar de que el tiempo histórico en que vivimos, que se caracteriza esencialmente por las aspiraciones y movimientos de liberación cada vez mayores de las masas proletarias y de las naciones proletarias (coloniales o semi-coloniales), las que en su gran mayoría sólo ven al comunismo como su única esperanza de un destino mejor, esperanza que podrá ser todo lo falsa y equivocada que se quiera, pero que existe, que tiene una fuerza tremenda y con la que hay que contar; este tiempo decimos, pudiera dejar de jugar en favor del comunismo.

Pero como la observación objetiva del mundo occidental, nos hace ver que los hombres que lo dirigen están muy lejos de haber apreciado este hecho fundamental, y creen que les basta fortalecerlo militar y exteriormente, para que él, tal como está, pueda subsistir; nos parece que para ellos llegará un momento en que se darán cuenta de que su única esperanza es la guerra preventiva, antes de que el tiempo los siga debilitando y fortaleciendo a su contrario.

Queremos que se nos entienda bien. No es que pensemos que el fortalecimiento militar y exterior sea innecesario. Pero tal como él se está haciendo sólo puede conducir a la guerra. y si por un milagro bien improbable no condujera a ella, él no sería de la menor ayuda al mundo occidental, puesto que la falla esencial de este

es interior, es de estructuras, y mientras éstas no se modifiquen, el tiempo continuará jugando en contra suya y condenándolo irremediablemente.

Por eso, como hoy día vemos que Occidente pone el acento en lo exterior, y no realiza en lo más mínimo esta profunda acción transformadora interior, que sería su única salvación, pensamos que fatalmente llegará un momento en que sus dirigentes se dirán que la única salvación es la guerra preventiva.

Tal vez más de alguno se dirá que este planteamiento que acabamos de hacer es falso, y que el verdadero responsable en caso de estallar la guerra sería Rusia, ya que si ella ahora renunciara a seguir apoyando los movimientos revolucionarios que se producen en el campo de influencia capitalista sería perfectamente posible la coexistencia pacífica entre ambos bloques.

Pero a los que así podrían pensar, queremos recordarles que la historia no es algo estático, ni un proceso que pudiera detenerse a voluntad en un instante dado si se ve que evoluciona en un sentido no deseable. Hoy día el mundo vive en un clima revolucionario, y aunque Rusia quisiera oponerse a él no lo podría detener. Hoy día vivimos en una época de la historia en que las estructuras que moldean a la sociedad no han evolucionado con el ritmo suficiente como para adaptarse al grado de conciencia y a la aspiración de liberación a que han llegado los pueblos del mundo y a las profundas modificaciones del universo técnico y material. Hoy día existe una profunda diferencia de evolución entre la conciencia del hombre común y la técnica por un lado y las estructuras e instituciones capitalistas por el otro, y este desequilibrio se tiene que traducir forzosamente por un clima psicológico y una acción revolucionaria que adapten éstas a aquéllas.

En consecuencia el mundo avanza hoy día a través de la revolución, y si el tiempo está jugando a favor de Rusia es porque ésta ha sabido dar un cauce a este espíritu revolucionario que está latente. No es Rusia quien ha creado la revolución, sino que sencillamente el comunismo ha sabido colocarse en la senda por la que tiende a avanzar el proceso histórico, y en estos momentos si pretendiera detenerlo no lo podría. La única posibilidad de Occidente está pues en darse cuenta a tiempo de esto y reaccionar eficazmente dando forma a una nueva revolución que reemplace a las estructuras e instituciones capitalistas por otras capaces de crear un mundo más justo y equilibrado. Sólo así podrá salvar al mismo tiempo aquéllos otros valores culturales y de civilización que constituyen su patrimonio fundamental y que están hoy día gravemente com-

prometidos por la identificación que se hace de ellos con estructuras y sistemas sociales ya condenados, todo lo cual está conduciendo al triunfo creciente del comunismo.

*
* *

Hemos dicho que la coexistencia pacífica de los dos bloques, si bien era a la larga imposible, era todavía posible ahora, mientras subsistiera una serie de condiciones de hecho, como el no deseo de guerra de ninguno de ellos y la debilidad económica de uno que se contrabalancea con la debilidad militar del otro, y mientras no llegara a su punto crítico la tensión entre las diferencias ideológicas, económicas y políticas fundamentales que existen entre ellos. Y afirmamos también que este factor tiempo que como consecuencias de lo anterior era posible introducir antes del momento en que la guerra será fatal, de continuar las cosas tal como hoy, representaba la última esperanza de la paz, siempre que en él se injertara una acción de la calidad e intensidad necesarias como para romper la dialéctica fatal de los bloques.

Es difícil saber en realidad cual será la magnitud de este factor tiempo. Es posible que él no dure más allá del año 1953, época en que los planes de rearme que actualmente realizan las naciones del Pacto Atlántico les podrían permitir sentirse en condiciones de desencadenar la guerra preventiva. Es posible que él dure mucho más, pero es posible también que un encadenamiento fatal de circunstancias del cual los dirigentes de ambos bloques no sepan librarse a tiempo, lo haga durar mucho menos. En todo caso pensamos que su duración no será indefinida y creemos que es posible afirmar que de continuar la evolución de los acontecimientos en el sentido en que hoy se están produciendo, ella no será tampoco demasiado larga. Y esto nos obliga, si pretendemos salvar la paz, a actuar rápidamente y con la máxima intensidad posible.

A nuestro parecer, una política pacifista en lo que se refiere a nosotros, todos aquellos que por una u otra razón nos encontramos de hecho en el campo occidental, tendría que realizarse en torno a los siguientes puntos:

1º) *Rechazo de la guerra preventiva:*

El bloque occidental no ha llegado felizmente todavía a una homogeneidad tal de que no sea posible tener en él reacciones y posiciones diferentes frente a la realidad comunista. En el hecho en él es posible distinguir varias tendencias que actúan y tratan de imponerse sobre todas las demás. De ellas, la que debemos rechazar de plano es la de aquellos que ya sea por defender sus intereses o

bien por una falta de comprensión del fenómeno comunista, propician y pretenden realizar una política de mano firme de tal naturaleza frente a la U. R. S. S., que ella sólo puede conducirnos a una nueva guerra en breve plazo. Los partidarios de esta política son por un lado aquellos que se oponen al comunismo no tanto por defender valores y principios fundamentales que éste niega, sino que sobre todo por defender situaciones e intereses económicos ligados al capitalismo y para los cuales ven en el comunismo la mayor amenaza. A todos éstos que en el campo occidental son partidarios de la política de mano firme para defender sus situaciones y privilegios actuales, que se aprovechan al mismo tiempo de la ocasión para, bajo el velo de las necesidades de la defensa de los valores esenciales, impedir las reformas de estructuras que son necesarias para realizar un mundo más seguro, equilibrado y justo que el actual; a todos éstos que son y serán los más ardientes partidarios de la guerra preventiva, es preciso desenmascararlos, pues ellos son los principales responsables del éxito comunista y de la amenaza que éste representa para principios que nos son fundamentales.

Pero existen también, y son numerosos entre nosotros, aquellos que propician la política de la mano firme y que están caminando hacia la guerra preventiva, no tanto por defender intereses, como por una errada apreciación del comunismo, a quien identifican con el nazismo en tanto que ambos son dictaduras totalitarias. Y como tienen el vivo recuerdo de que las políticas de concesiones tipo Munich no salvaron a la humanidad de la guerra frente al Hitlerismo, piensan que una política que sea todo lo contrario la salvará frente al comunismo. Pero al hacer esta identificación tan simplista entre comunismo y nazismo, estos hombres no se dan cuenta de que por miedo a la guerra, pretenden aplicar justamente la sola política que en este caso los está conduciendo directamente a ella. Ya hemos examinado anteriormente con detención el por qué el comunismo no espera su victoria de la guerra, y que si se arma y se prepara para ella es por miedo de ser atacado, pues su propia doctrina le indica que la única salvación para el capitalismo es la guerra. Pretender comportarse pues frente a los que así piensan, sea equivocado o nó este pensamiento no importa para este efecto, en la misma forma que frente al Hitlerismo cuyo imperativo vital lo hacía buscar la guerra, significa en este caso correr directamente hacia ella.

Con esto no queremos decir por supuesto que se deba ceder frente a todas las pretensiones rusas, considerando que ellos no quieren la guerra y que una política firme de parte del bloque occidental sólo puede conducir a la guerra. No, no somos partidarios

de las políticas de entreguismo y de debilidad. Creemos que una política firme es necesaria frente al bloque oriental; pero una política firme no debe ser una política que se transforme en un puro armamentismo desenfrenado en el cual cada país gasta una parte considerable de sus entradas y en nombre de las necesidades del cual no se hacen justamente, y en el mejor de los casos se dejan para más tarde, todas aquellas transformaciones, desarrollos y reajustes económico-sociales que es fundamental hacer para fortificar interiormente al mundo occidental. No olvidemos por lo demás que una política armamentista occidental tal como la que se está haciendo, fuera de hacer que en este se deje de lado lo esencial, tendrá como repercusión en el campo oriental un mayor endurecimiento y un mayor armamentismo, y que todavía no existe ejemplo en la historia, y no creemos que este lo sea, de que la carrera entre dos armamentismos haya desembocado en paz.

2º) *Rechazo de las ocasiones de guerra:*

Dentro de esta especie de cruzada que se está gestando contra el mundo comunista en nombre de los "principios democráticos" y de la "civilización cristiana", cruzada en la que pueden entrar y tener un papel destacado todos aquellos que se cuentan entre los puros, hasta Franco, Tchang Kai-Chek y Trujillo; y en la que lo importante es rearmar a no importa quien siempre que esté dispuesto a pelear contra el comunismo; hay ciertas ocasiones que significan posibilidades inmediatas de guerra, y una de ellas, tal vez la más importante, sería el rearme alemán. Los rusos han dicho que no lo tolerarán, y recordemos que las amenazas comunistas no son discursos de asambleas, puesto que una de las características del marxismo ha sido la de reestablecer un acuerdo elemental entre el pensamiento y la acción, cosas que entre los políticos de las democracias occidentales andan a menudo cada una por su cuenta. Está muy vivo todavía entre ellos el recuerdo del soldado germánico y de sus huellas por el territorio ruso para que acepten este hecho así como así.

Si los occidentales quieren pues la guerra a breve plazo que traten de rearmar a Alemania. Pero entonces que no hagan esto con el pretexto de que así salvarán la paz.

3º) *Realizar en el mundo occidental una profunda transformación en sus estructuras e instituciones económico-sociales:*

Las dos medidas propiciadas anteriormente tienden a hacer retroceder la guerra y a prolongar este tiempo de paz incierta en que hoy vivimos, tiempo en quien está nuestra única posibilidad de salvar definitivamente la paz, si lo sabemos aprovechar bien. Por-

que recordemos nuevamente que “la guerra es fatal si ninguno de los dos sistemas se modifica”.

Por lo que a nosotros se refiere luchar por la paz debe ser entonces esencialmente luchar por transformar este régimen capitalista, que vive ejerciendo violencia e injusticia sobre inmensas masas humanas y que las condena a la inseguridad y a la miseria, porque en esta violencia y en esta injusticia residen los principales obstáculos a la paz y las principales causas de guerra. Luchar por la paz es pues entonces luchar por solucionar aquellos problemas fundamentales que aquejan a los pueblos en este momento, y que hoy se dejan de lado justamente en nombre de la lucha por la paz. El verdadero frente de la paz es el de desequilibrio internacional y nacional, el de la explotación de los países y de los hombres que viven en la condición proletaria y colonial, el de la inseguridad y el de la miseria. Y es en este frente en el que debemos enfrentar al comunismo. Sólo aquí, si nos jugamos enteros, podremos tener la esperanza de obtener la victoria definitiva y salvar aquellos valores que nos son esenciales.

4º) *Luchar por romper el espíritu de bloque y la división del mundo en dos:*

“La división del mundo en bloques oriental y occidental no corresponde a una división en Reino de la Luz y Reino de las Tinieblas, en Reino del Bien y del Mal. Más valdría darse cuenta de que en cada uno de nosotros hay Luz y Tinieblas, Bien y Mal. Dividiendo al mundo en dos se prepara, metafísicamente, un infierno para una de las dos fracciones rivales” (1).

De aquí nace el espíritu de cruzada. Es preciso pues realizar un gran esfuerzo de desconcentración espiritual y material. El mayor peligro de guerra reside hoy en este proceso de polarización en torno a dos bloques fanatizados que se creen ambos portadores de todos los valores y de toda la verdad en contra del otro portador de todos los errores y mentiras. Hay que hacer todo lo posible por oponerse a la homogenización interior de estos bloques y para tratar de desarrollar al máximo los contactos diplomáticos y los lazos económicos, culturales y políticos entre los pueblos de ambos. En vez de romper las pocas relaciones de cualquier tipo que hoy nos unen bajo el pretexto de que la verdad, el bien y la justicia están de un lado, contra la mentira, el mal y la injusticia que están del otro, debemos tratar de multiplicarlas y de mirar objetivamente al uno y al otro. El camino de la paz no pasa por el de las dos sub-

(1) Berdiaeff, “DE L'ESPRIT BOURGEOIS”, página 132.

jetividades exasperadas sino que por el de una objetividad consciente. Sólo así, mediante este proceso de desconcentración espiritual y material, estaremos luchando verdaderamente por la paz.

*

*

*

Algunos se dirán tal vez que realizar la política propiciada en estos cuatro puntos no significa otra cosa que hacerle el juego al comunismo. No lo pensamos así. Creemos que si obramos de esta manera le haremos el juego a la paz y a la justicia, y que es sólo en éstos frentes donde podremos derrotar al comunismo. Pensamos que si el mundo occidental no se transforma profundamente, aunque derrotara a Rusia por las armas, en ese mundo ensangrentado, arruinado y lleno de cadáveres que quedaría, el comunismo tarde o temprano lo derrotaría a él. Y hoy día Occidente está corriendo hacia esto: hacia la confrontación armada con el comunismo, en nombre de la cual no se hace lo esencial, y en la cual está perdido de antemano, cualquiera que sea el resultado de la lucha.

Pensamos que las instituciones y estructuras capitalistas están ya condenadas y que el mayor crimen que se puede cometer hoy día es el de identificar con ellas la civilización cristiana y los valores espirituales. Si queremos realmente salvar a éstos no es mediante esta confusión como lo lograremos. Así sólo los perderemos para la humanidad tal vez por largo tiempo. Ellos podrán vivificar esta época histórica que comienza sólo si somos capaces de purificarlos de toda la escoria capitalista para lograr así que puedan insertarse, iluminar y realizarse más plenamente en un mundo de estructuras más justas y humanas.

PANORAMA NACIONAL

EL PACTO RADICAL - CONSERVADOR

No cabe duda de que pocas noticias han cogido más de sorpresa a la opinión pública que la de la conclusión del pacto entre radicales y conservadores social-cristianos.

Nada hacía prever semejante acuerdo. Por el contrario, lo ocurrido en el Partido Conservador Social Cristiano que había elegido una nueva directiva, reemplazando a la presidida por don Horacio Walker, precisamente por una reacción de quienes temían que ésta los llevara a un entendimiento con los radicales, hacía suponer que la Junta Ejecutiva presidida por don Manuel Muñoz Cornejo conduciría al conservantismo a una posición cada vez más alejada de sus aliados y compañeros de Gobierno.

Sin embargo, un hecho precipitó los acontecimientos y llevó a los conservadores a concertar un pacto con los radicales. El Ministro de Salubridad, don Jorge Mardones Restat, Conservador Social-Cristiano, por creer indispensable para la realización de su política que la Caja de Seguro Obligatorio estuviera dirigida por un hombre de su partido, llegó hasta presentar su renuncia como Ministro debido a que se pretendía que reasumiera la Vice-Presidencia Ejecutiva de esa Caja el Dr. Leonardo Bravo, dirigente destacado del radicalismo. Esto significaba que debía dejar ese cargo el Dr. Hepp, perteneciente al partido conservador, quien lo desempeñaba en forma interina.

Cuando se creía que esa situación iba a llevar a una crisis del Gabinete, precipitada por la renuncia del Ministro de Salubridad se verificó una reunión entre los dirigentes radicales y conservadores social-cristianos, que terminó en la firma de un pacto entre sus partidos, el que fué ratificado por las directivas de ambos.

El pacto, cuyo texto poco o nada definitivo establece en cuanto a las relaciones entre ambos partidos, salvo en aspectos administrativos y electorales, tenía sin embargo, indiscutida trascendencia.

Desde luego, aun cuando ello no se estableció en el mismo, significó la entrega a los social-cristianos en forma definitiva de la Caja de Seguro Obligatorio, y posiblemente, de llevarse adelante el entendimiento radical-conservador, significará también la de otras reparticiones públicas o semi-fiscales.

Sus estipulaciones en el orden electoral son francamente fa-

vorables para los conservadores que se aseguran por este pacto benéficas condiciones para afrontar las elecciones extraordinarias de parlamentarios que pudieran presentarse.

Finalmente, en el plano del problema presidencial, el pacto se limita a establecer que ambos partidos designarán comisiones que estudiarán este asunto con vistas, naturalmente, a una acción conjunta.

Aun cuando en este último aspecto, en verdad ningún partido pactante contrae realmente una obligación al respecto, no puede desconocerse que el pacto significa o debía significar una manifestación del propósito de afrontar juntos el problema de la sucesión presidencial. Y así se explica que la opinión pública, prescindiendo del texto del convenio, haya estimado que conservadores y radicales habían llegado a un acuerdo para presentar en conjunto un candidato a la Presidencia de la República, o sea, que aquellos estaban dispuestos a llegar a apoyar un candidato radical.

LOS DEMAS PARTIDOS ANTE EL PACTO

La reacción de los partidos de oposición ante el pacto conservador-radical era fácilmente previsible: todos ellos lo han utilizado de arma de ataque contra los social-cristianos, criticándoles que se han entregado al radicalismo, traicionando su doctrina, renegando de su pasado...

Así hemos asistido a una campaña enconada contra los conservadores social-cristianos. Los tradicionalistas han explotado hábilmente en su beneficio la situación, aumentando el descontento de las bases social-cristianas, aún cuando en éstas tienda a producirse una reacción, dado que su partido obtiene positivos beneficios prácticos del pacto, sin que éste les acarree, por su texto al menos, obligaciones reales para con los radicales.

En el fondo, la reacción de los partidos de oposición obedece solamente al temor de que los partidos de gobierno lleguen a un acuerdo para afrontar juntos la lucha presidencial, ya que en conjunto formarían ellos un bloque poderoso, con la primera opción a obtener el triunfo. De ahí que traten por todos los medios de impedir que tal cosa ocurra y les desespere que lo que parecía el más difícil escollo para semejante entendimiento, —el acuerdo entre social-cristianos y radicales—, puede salvarse mediante este pacto.

Los demás partidos de gobierno, la Falange Nacional y el Partido Democrático y eventualmente el Partido Socialista de Chile, fueron invitados a adherir al Pacto suscrito por radicales y conservadores. De ellos sólo el primero se ha pronunciado sobre esa invitación, punto sobre el cual, dada su importancia, deberemos tratar más largamente.

LA FALANGE NACIONAL Y EL PACTO

Invitada a adherir al pacto firmado entre radicales y conservadores, la Falange Nacional entró a considerar el punto. El Consejo Nacional de este partido, por seis votos contra cuatro, acordó recomendar a la Junta Nacional del mismo, la aceptación del pacto. En el organismo máximo que es esa Junta, tras un largo debate, se acordó rechazar la recomendación de la mayoría del Consejo, aprobando el siguiente voto:

“La Junta Nacional de la Falange, reitera sus anteriores acuerdos en el sentido de considerar con los partidos de Gobierno y otros partidos democráticos afines, una solución del problema presidencial.

El pacto al que la Falange ha sido invitada a adherir contiene aspectos que interesan en materias administrativas y electorales, exclusivamente a los partidos que lo suscribieron.

Por otra parte, estima innecesario suscribir nuevos documentos cuyas ideas ya han sido expresadas en forma más completa en anteriores declaraciones conjuntas y principalmente en la firmada al organizarse la actual combinación gubernativa”.

El voto aprobado significó, pues una negativa a suscribir el pacto firmado entre radicales y conservadores, pero sin cerrar las puertas a un entendimiento futuro con ambos partidos y con otros, respecto a la elección presidencial del año próximo.

Es preciso reconocer que la actitud de la Falange Nacional era perfectamente lógica. En las actuales circunstancias, nada aconsejaba la suscripción de un Pacto como el propuesto por radicales y conservadores. Los aspectos positivos de éste, acuerdos en materia administrativa y electoral, sólo decían relación con los partidos que lo habían suscrito; las declaraciones sobre política general eran vagas e imprecisas, y en cuanto al problema de la sucesión presidencial, se limitaba a acordar el establecimiento de comisiones que se abocaran a su estudio. En este último aspecto la Falange Nacional había manifestado reiteradamente su buena dis-

posición para estudiar en conjunto este problema.

En la práctica la suscripción de ese pacto, en lo que podía referirse a la Falange Nacional, sólo conducía a hacerla aparecer ante la opinión pública como decidida a apoyar a un candidato radical, aun cuando así no se estableciera ni dijera en el texto del acuerdo. En esta forma lo habría interpretado, con o sin razón, la opinión pública, y naturalmente tal decisión resultaba absolutamente extemporánea, en momentos en que aun no se sabía quien sería el candidato presidencial del Partido Radical, el cual sólo quedaría designado en la elección interna que se realizará el 12 de Agosto.

En política los hechos no pueden juzgarse solamente en función de lo que realmente son en sí, sino también en relación a la forma en que serán juzgados y apreciados por la opinión pública. Así, si bien era cierto que por el pacto en referencia, ningún partido contraía realmente una obligación clara y precisa respecto a la lucha presidencial, no lo es menos que él no era juzgado en esa forma por el público.

La decisión de la Falange Nacional era, por tanto, muy lógica y natural, y el voto aprobado refleja fielmente su pensamiento. Ese partido está llano a estudiar el problema de la sucesión presidencial junto con sus aliados de Gobierno, pero de ninguna manera desea aparecer comprometida incondicionalmente a brindar su apoyo al candidato radical, cualquiera que éste sea. Ningún partido puede aceptar una proyección semejante de su actitud, mayormente tratándose de un problema como éste, en que la solución debe buscarse en función del interés y conveniencia de todos los grupos democráticos de avanzada, en un plano de respeto de sus respectivos puntos de vista y sin imposiciones para nadie, única forma en que ellos podrán afrontar con éxito la próxima lucha presidencial.

La verdad es que los partidos que hoy forman la combinación de Gobierno junto con otros deberán abordar el problema de la sucesión presidencial con un criterio amplio y con vistas al interés general. Toda pretensión partidista estrecha, aunque provenga de partidos muy poderosos, necesariamente encontrará un rechazo y sólo conducirá a un desacuerdo que sería fatal para estos partidos. Es preciso que todos se convenzan de que es necesario llegar a un entendimiento en torno al candidato que, a más de tener condiciones que lo hagan digno de llegar a la Presidencia de la República, tenga seriamente posibilidades de obtener el triunfo. La imposición de una candidatura que si bien responda al interés y a

los deseos del sector mayoritario de un solo partido, por fuerte que éste sea, no encuentre apoyo real y efectivo en las bases de los demás integrantes de la combinación gubernamental, sólo conducirá a un desastre, pues en tal caso será imposible obtener la unidad indispensable para lograr la victoria.

La responsabilidad de los partidos de Gobierno en estos momentos es realmente enorme. De ellos depende el que prevalezca un criterio democrático y de avanzada en el país y que no triunfen ni la derecha económica ni los grupos que buscan la instauración de la dictadura con la vuelta al poder del General Ibáñez.

Las declaraciones formuladas a la prensa por el nuevo Presidente de la Falange Nacional, diputado don Tomás Reyes Vicuña, según versión de "El Mercurio", son particularmente reveladores sobre la actitud de este partido, en particular en lo que se refiere a la lucha interna del Partido Radical.

"Nosotros —dijo— no podemos desconocer la importancia de esa elección, por ser el Radical el Partido mayoritario de la actual combinación de Gobierno; pero esto no quiere decir que condicionemos o comprometamos nuestra libre determinación posterior sobre el problema presidencial al resultado de esta lucha, cualquiera que él sea".

"Quiero dejar perfectamente establecido —agregó— que la Falange considera seriamente la posibilidad de que el candidato de la actual combinación de Gobierno no pertenezca al Partido Radical, máxime si se considera que ninguno de los personeros de sus corrientes internas tiene la contextura suficiente para agrupar en su torno, necesariamente, las opiniones de quienes compartimos con los radicales las tareas de Gobierno".

"Me parece que una Convención, realizada según los moldes en que se acostumbran a efectuar estos torneos, carecería de sentido, pues en ella el Partido Radical impondría al candidato que quisiera. Creo que debe conversarse en un terreno de igualdad, en el que el Partido Radical reconozca a sus aliados el derecho de intervenir decisivamente en la elección de ese candidato, aún, como decía, no pertenezca a esa colectividad".

"Puedo declarar que la Falange ha descartado las posibilidades de prestar su apoyo a los señores Ibáñez y Matte, y que desea mantener y fortalecer la actual combinación de Gobierno para presentar candidato común. Debo señalar que no deseamos que una actitud intransigente del Partido Radical —como sería querer imponernos un candidato que no aceptáramos— nos obligue a llegar, como solución, a una cuarta candidatura".

DOCUMENTOS

SITUACION ECONOMICA, POLITICA Y SOCIAL DE CHILE.

(Réplica a los Discursos de los señores Opaso y Fernández)

Discurso pronunciado por don Eduardo Frei Montalva, en la sesión del Senado de la República del 3 de Julio de 1951.

Señor Presidente:

Numerosos señores Senadores se han referido al momento económico que vive Chile. Sin duda, no será fácil entrar a un debate sobre a quienes corresponde la responsabilidad de esta situación, que algunos atribuyen al actual Gabinete y otros a los Gobiernos cuyo período se inició en 1938.

Tenemos al menos la condición imparcial de que nuestro partido no ha sido responsable de aquellos Ministerios encargados de la gestión económica financiera que en estos años han ocupado principalmente: liberales, radicales, y algunos independientes. Por eso al hablar, no haremos nuestra defensa y podemos ser objetivos.

Es fácil hacer recaer las consecuencias de largos errores en los que son muy recientes ocupantes del Poder y sacudirse así de toda obligación pasada.

Pero en toda apreciación sobre nuestra realidad económica, un mínimum de justicia nos obligaría a considerar tres factores: la acción inmediata que puede desarrollar un gobierno; la situación permanente, debida a condiciones que desde años vienen pesando sobre la economía chilena y constituyen su estructura (sobre las cuales toda modificación es más lenta y más difícil), y la repercusión interna de hechos externos, que influyen de una manera determinante en nuestra vida económica. Esto puede observarse en forma clara, precisamente, en el problema agrícola, que fué analizado más detenidamente por los que han intervenido en este debate.

Como se ha señalado aquí — y de ello dejamos constancia oportuna — el volumen físico de la producción agropecuaria, considerada en conjunto, ha aumentado de una manera constante en los últimos 25 años; pero este aumento ha sido inferior a las ne-

cesidades de la población, que ha tenido un aumento más rápido.

Esta es la causa profunda del actual déficit de abastecimientos.

Esto se puede ver mejor en un caso típico: el trigo. La producción media en el período 1921-30 fué de 7.324.422 quintales métricos como producción media, con una población media, en el decenio, de 3 millones 984.087; y en 1941-50, fué el 9.142.000 para 5.386.000. O sea, hay un aumento de producción, pero dividida por el número de habitantes, la cantidad que a cada uno corresponde es menor. Los ejemplos podrían multiplicarse. Este año, esta situación de déficit agrícola se agravó por factores climáticos adversos que, como muy bien dice la Comisión Económica para América Latina, afectó fuertemente al grupo alimenticio y prácticamente no tuvo ninguna influencia favorable sobre el grupo no alimenticio considerando en conjunto.

Si se pesan estos hechos con esta justa y real perspectiva ¿se puede hacer un examen honrado de lo que ocurre en la agricultura chilena, a base de culpar exclusivamente a los que ocupan hoy carteras en ese ramo?

No, señor Presidente, la situación agrícola es el resultado, que hoy comprobamos, de un largo y penoso proceso que no se ha querido abordar ni antes ni hoy en sus verdaderos términos.

DEFICIENTE PRODUCCION AGRICOLA

Sabemos que en los últimos cincuenta años se ha duplicado la población, mientras la superficie de riego ha aumentado sólo en un 30 por ciento.

El año 1900 este País tenía 1.000.000 de hectáreas regadas para una población de, aproximadamente, 3 millones de habitantes, y hoy tiene 1.298.000 para seis millones. Considerando que actualmente hay una relación de 4,46 habitantes por hectárea regada y que la población aumenta a razón de 90.000 personas por año, debieran, al menos, regarse 20.000 hectáreas nuevas al año; y, en cambio, no se alcanzan a regar 10.000, por lo cual este déficit, entre superficie de riego y habitantes, se agravará fatalmente.

Sin embargo, un proyecto de Fondo Nacional de Regadío que presentamos el año 1945 fué combatido y archivado en la Cámara de Diputados, porque encontró tenaz resistencia de quienes creían amenazados algunos intereses, que ellos consideraron más importante que esta iniciativa, cuyo significado y alcance técnico no pudieron negar.

¿No es un hecho, asimismo, que ha existido, en muchos sectores, no desconfianza, sino desprecio por todo lo que significara una

evolución en la técnica y el empleo de métodos más racionales y científicos de explotación de las tierras?

¿Acaso todos los informes no nos revelan los terribles estragos de la erosión y agotamiento de algunos suelos? En 1 millón 400.000 hectáreas reconocidas, sólo el 12,6 por ciento no presentaba síntomas de erosión, un 47,3 por ciento ligera o mediana y 40,1 por ciento severa o muy severa erosión.

Aplicando trabajos de conservación de suelos, que corrigen esta destrucción de nuestro suelo agrícola, rendimientos de 6,5 quintales métricos de trigo por hectárea, han llegado a 21 quintales. ¿No es atentatorio contra la seguridad social y económica del País haber abusado del suelo o haberlo explotado de una manera agotadora, sin defenderlo y sin devolverle lo que de él se sacaba, por una adecuada política de defensa de la tierra y por un adecuado empleo del abono?

Hay que atender, por otra parte, a los factores de orden económico, pues no existe, para la mayoría de los productos agrícolas, un mercado organizado que proporcione a los agricultores seguridad de una demanda estable para sus productos a precios que ellos pudieran conocer con anticipación a las siembras.

Por último, señor Presidente, para no repetir cifras, datos o antecedentes inagotables, relativos a tantos aspectos — algunos tan importantes como el de la mecanización —, ¿se ignora que el régimen social que se mantiene en los campos es un sistema que, evidentemente, debe ser superado?

No creo que haya nadie que piense que pueda mantenerse indefinidamente este sistema en desacuerdo con la realidad de la evolución social, y aún psicológica, y que desde un ángulo meramente económico hace del campesinado una masa subconsumidora, sin poder de compra adecuado al desarrollo de la producción industrial, que se encuentra con un 40 por ciento de la población que no constituye un verdadero mercado comprador.

El señor Fernández nos trajo ayer cifras que demostraban la insuficiencia de nuestra agricultura para abastecer a la población. ¿Es esto, sólo responsabilidad del Estado? ¿No tienen ninguna los que han sido y son dueños de la tierra que produce? ¿Basta señalar cifras que revelan el mal, o es necesario averiguar las hondas causas que lo generan, para corregirlo?

Nuestro Honorable colega nos citaba, para probarnos su tesis, cifras proporcionadas por los estudios de la CEPAL, que él calificaba, con justicia, muy entusiastamente. Pero en esos mismos estudios se señalan, con la misma precisión, los defectos, errores y atrasos de nuestro sistema de explotación agrícola, y no se re-

fieren, que yo sepa, a la disciplina social como causa de ese atraso. En cambio, hay estudios multiplicados y repetidos de la carencia de escuelas técnicas, subalimentación, malas viviendas, alcoholismo, atraso en los sistemas de cultivo, en el régimen de la propiedad, etc.

Podrá mirarse este problema agrícola desde cualquier ángulo, pero las interrogantes que he planteado están allí, y mientras no se aborden, la situación tenderá a agravarse año a año. Por eso, soy grandemente escéptico en cuanto a las ventajas permanentes y reales de actuar sólo sobre el factor crédito, que dará una engañosa sensación de mejoría en esta emergencia, pero que traerá inevitablemente nuevos aumentos en los costos y en los precios, que obligarán a nuevas demandas crediticias en este desastroso proceso inflacionista.

No sólo con créditos bancarios —sin duda alguna muy importantes— vamos a lograr esta recuperación de la agricultura chilena. El problema se ha venido presentando a través de los años y exige un plan de conjunto y la determinación de afrontarlo en sus causas verdaderas.

Es imposible continuar un desarrollo unilateral y desproporcionado de las industrias, si no existe un desarrollo paralelo de la agricultura.

Si este déficit agrícola continúa, todo lo que obtengamos en la esfera industrial lo perderemos comprando en el exterior las materias primas y los alimentos que son indispensables, y será inútil luchar contra la inflación y mejorar las condiciones de vida del pueblo, sin incremento proporcionado de la industria agrícola.

Todos los estudios técnicos de los organismos internacionales de cuya validez hoy no se puede prescindir, nos están diciendo lo mismo. Por eso, soy partidario de una ayuda integral a la agricultura chilena.

Más aún, hay aquí una razón que la experiencia práctica nos está mostrando y que la economía teórica ha señalado con profundidad, y se refiere a que no es posible crear en la economía interna los desniveles que se producen en el terreno internacional; o sea, que así como los países industriales hacen su utilidad diferencial con los países productores de materias primas, en lo interno una agricultura atrasada no absorbe el desempleo y paga la diferencia de "standard" entre dos capas de población.

No soy de los que creen que es fácil trabajar el campo en Chile, difícil como pocos.

Es indudable que en esta emergencia es necesario desviar una mayor proporción del crédito hacia la agricultura; pero sería una

ilusión creer que en repetir lo que durante más de cien años se ha hecho —prestar dinero y desvalorizarlo después, para pagar menos—, está el remedio y la verdadera defensa del agricultor: la consecuencia para quien estudie la historia económica de Chile, está a la vista. Es necesario ayudar a la agricultura y desarrollarla, porque es la base de nuestra riqueza y porque es arduo y es duro el esfuerzo del verdadero agricultor; pero esta ayuda evige una visión de conjunto y un cambio de perspectiva, seguramente muy difícil, pero necesaria de obtener.

El crédito en estas condiciones es una ayuda momentánea, un alivio pasajero que no se puede negar; pero, como las drogas, exige un aumento progresivo de la dosis, que provocan un agravamiento de las causas orgánicas del mal.

Se sigue así la línea del menor esfuerzo: más billetes ahora para afrontar los compromisos presentes, y mañana serán esos mismos papeles, insuficientes para cubrir las nuevas demandas y los nuevos costos.

EL PROCESO INFLACIONISTA

Pero, señor Presidente, no era mi ánimo detenerme en este solo aspecto de las cuestiones planteadas. La verdad es que aquí, en el Senado, se ha debatido algo más, que en parte se ha insinuado, pero que en cierta manera no se ha tocado en su raíz, y a lo cual se llega de inmediato, como lo acabamos de ver.

El País vive en estos días una gran inquietud, que, teniendo su origen en la angustia económica, amenaza quebrar los moldes políticos.

Creer algunos que ellos van a capitalizar para sí este descontento, y lo atizan con entusiasmo, pensando recoger el fruto de esta siembra en septiembre de 1952; pero la verdad es que se han entregado a un juego más que peligroso, en el cual están siempre más amenazados los que más tienen.

Estamos recogiendo en estos instantes las consecuencias de un proceso inflacionista cuyas múltiples causas no voy a señalar ahora, por ser demasiado conocidas, y no es la más insignificante el plan de industrialización, que ha significado ingentes esfuerzos, no compensados con las necesarias restricciones. Hemos creído hacer lo que ni las naciones capitalistas o comunistas han conseguido realizar: una conquista industrial, y, simultáneamente, mejorar el "standard" de vida de los que ya lo tenían alto, y en algunas otras capas de la población, principalmente de un sector privilegiado de la clase media, en desmedro de los obreros, campesinos y otros sectores de la misma clase media.

Este proceso se ha agravado en el último tiempo por factores imprevistos:

a) La pérdida de parte importante de cosechas en productos alimenticios, en el año recién pasado.

b) Las consecuencias de los cambios económicos universales que afectan a todas las naciones de la tierra, y a las cuales no se escapan ni la Inglaterra socialista, ni la Francia con la formidable ayuda del Plan Marshall, ni los Estados Unidos, a pesar de las medidas enérgicas del Gobierno.

Estas consecuencias inevitables para nosotros, pueden medirse claramente en el aumento considerable de los precios de los alimentos, materias primas y toda clase de bienes que debemos adquirir en el extranjero.

Tal proceso de desnivel crónico que va "drenando" nuestra economía, que acarrea su descapitalización, se ha agravado de una manera trágica para nosotros en el último año. Sobre este punto hay estudios definitivos, y me atrevería a recordar aquí lo que establecimos en el Consejo Económico y Social, situación que ha empeorado. Desde 1950 a mayo de 1951, subió, por ejemplo: el caucho, de 410 dólares la tonelada, a 1.300; la lana, de 2.800 a 5.350; la lana, de 815 a 1.854 en Brasil y 1.460 en el Perú; el café, de 695 a 1.140; la celulosa, de 125 a 390.

Creo que los organismos especializados en Chile debieran llevar, mes a mes, una estadística clara del desequilibrio del Comercio Exterior.

Nunca he podido explicarme por qué siempre olvidamos este factor, el más importante de todos. Este desequilibrio en los términos del intercambio en el comercio internacional, significa la pérdida de millones de dólares para nuestra economía; y en el dominio de los estudios científicos del proceso económico, que han hecho un avance tan considerable en las dos últimas décadas, se ha establecido, entre otras, esta verdad incontrovertible: el valor de nuestra producción ha tenido una pérdida en el mercado exterior, que nos deja un saldo neto desfavorable. Es de aquellas cuestiones que debería constituir objetivo nacional no partidista el luchar por corregir estos desniveles, en especial en los mercados sudamericanos.

c) La carencia de una dirección económica suficientemente unida y eficaz.

Para juzgar los hechos, el País aparece dividido en dos bloques antagónicos.

Uno está representado, precisamente, por el criterio del señor Fernández y es, en general, compartido por la oposición y por los

grandes diarios que los sostienen y representan ante la opinión pública.

Todos afirman que la inflación es un supremo mal, que crea la inestabilidad monetaria, la ruina económica, la inseguridad social y la inquietud política. Todos manifiestan el deseo verbal de detener este proceso que universalmente es considerado de trágicas consecuencias: los rusos comunistas, los ingleses laboristas y los capitalistas americanos, técnicos y políticos, así lo estiman.

Pero cuando comienza la dificultad es en el momento mismo en que se quieren adoptar medidas, porque la verdad es que todos quieren que el proceso se detenga, siempre que no sean ellos los que hagan sacrificio alguno.

Donde se ha visto con evidencia lo que afirmo es en la discusión del proyecto de Delito Económico.

La JUNECH declara que si no se aprueba íntegramente, ella irá a un paro nacional, como protesta. De inmediato se levantan airadas voces que denuncian este atentado máximo a nuestras instituciones, y editoriales de los grandes diarios dibujan sombrías imágenes de revolución y anarquía. Pero —¡asombrosa carencia de lógica!— al día siguiente leemos en "El Diario Ilustado", en primera página, que en la asamblea de comerciantes, productores e industriales — cito textualmente — "Los asistentes de pie juraron ir a un cierre nacional indefinido en el caso que el proyecto de Delito Económico sea aprobado por la Cámara de Diputados, y renunciar a todos los partidos políticos que lo apoyen en el Congreso". Y este acuerdo se tomaba en la presencia de Parlamentarios de la oposición que han pronunciado los más indignados apóstrofes contra los empleados y obreros, por acuerdos semejantes, y esos mismos diarios que, alarmados, denunciaban la amenaza de paro de la JUNECH, destacan entusiasmados la amenaza de cierre que juran en el Caupolicán los comerciantes, productores e industriales.

¡Sobrarían adjetivos para calificar tan curiosa como grotesca actitud!

Si los obreros y empleados, especialmente los primeros, que, indudablemente, están sufriendo más que nadie las consecuencias del alza del costo de la vida, piden alzas de sueldos y salarios, ellos resultan los únicos causantes de la inflación. Son, para esos mismos críticos, ciegos o bien comunistas; constituyen una amenaza para el orden social. Y hay gentes para las cuales, por el hecho sólo de que un trabajador sea dirigente de un sindicato, él se transforma en un individuo peligroso que es necesario eliminar.

El único remedio contra la inflación es, según ellos congelar

sueldos y salarios. Pero ¿creen acaso que esto puede lograrse? ¿Cómo piensan obtenerlo? Sueñan por un instante que a base de artículos en los diarios, de discursos o cifras, van a obtener, un día, que, reunidos los obreros y los empleados digan: señores, efectivamente, nosotros al pedir alzas de sueldos y salarios estamos arruinando al País. Es un hecho que todos los precios han subido; es un hecho que el pan,, la leche, la carne, la ropa, el calzado, debido a los mayores costos tienen un más alto precio; pero nosotros no vamos a pedir mayor remuneración. Vamos a hacer este esfuerzo como un ensayo para observar si es efectivo lo que dicen algunos economistas chilenos. No importa que este proceso de la inflación sea universal, no importa que informes técnicos muy variados e imparciales, por la calidad de sus autores, digan que esto se debe a innumerables causas: alzas de precio en la importación, esfuerzo por industrializar el País, déficit agrícola; no, nosotros vamos a aceptar que se congelen sueldos y salarios. Puede haber libertad para pedir, en vista de la situación de los mercados mundiales y los aumentos de los costos, mayores precios, pero sería injusto e inconveniente solicitar alzas de sueldos y salarios.

Se me dirá que exagero el argumento. No. Sólo lo muestro en su desnudez. Sabemos bien que esto no ocurrirá, porque no sería racional que así ocurriera.

La única fórmula para que esta tesis pudiera imponerse sería un gobierno de fuerza, porque sólo una dictadura podría imponer una política que haría pagar al sector trabajo el precio entero de la inflación.

Pero, señor Presidente, no voy a entrar en el análisis de los infinitos males que una dictadura significa. Sólo quiero señalar que esa fórmula se volvería contra los que pudieran imaginarla, como medio de imponer el orden que tanto reclaman: todas las dictaduras, y entre ellas las sudamericanas, se están haciendo, no diré con un sentido auténtico de avanzada, pero sí con un claro sentido demagógico —es su única manera de sostenerse y gobernar—. ¿Es eso lo que se quiere?

No es posible aplicar esta fórmula; pero a ella conduce el que cada vez se quiere actuar sobre todo los factores en conjunto, se critica acerbamente el "control" sobre el crédito, los precios o las rentas, porque implica una intromisión indebida del Estado.

Hay quienes piden mejores precios para trabajar. Sin duda, si los costos comprobados y una legítima utilidad exigen un nuevo precio, es absurdo no acordarlo; pero no resulta lógico venir a comparar los precios de los productos puestos en Nueva York o

Chicago, porque eso autorizaría a pedir salarios del mismo monto de los pagados en esos mismos lugares.

En resumen, nos enfrentamos a una situación bien definida: o estamos dispuestos a hacer un sacrificio colectivo y someternos a un "control" de los precios de las rentas, de los sueldos, de los salarios, del crédito y de los gastos públicos, para lograr una estabilización posible dentro de los factores cambiantes de la economía mundial que escapan a nuestra influencia, o derivaremos hasta las últimas y precipitadas etapas de toda inflación, y entonces el sacrificio y el reajuste que no aceptamos voluntariamente, se hará de una manera fatal en la dura etapa de una crisis que nos puede arrastrar a los más insospechados trastornos.

EL AUMENTO DE LA PRODUCCION

Hay quienes sostienen que la única forma de resolver esta situación es aumentar la producción. No hay duda alguna de que este País necesita hacer un gran esfuerzo de capitalización para aumentar y mejorar su producción. El capital es el instrumento que aumenta y multiplica las posibilidades del trabajo; son los bienes que un país acumula e invierte.

Este país se ha descapitalizado porque cada día nuestros ferrocarriles tienen una maquinaria más desgastada y deficiente; carecemos de una verdadera red caminera, de puertos adecuados; la industria privada no tiene hoy con qué reponer su maquinaria y, muchas veces, sus "stocks" indispensables. Aunque parezca inútil, en el seno de esta Corporación, es necesario, para juzgar este proceso, distinguir la renta del capital mismo.

Una de las causas de la confusión que se produce en esta materia en la opinión pública se debe a que muchas empresas publican balances que arrojan utilidades de 20, 30 ó 40%, lo que permite recibir, a un grupo determinado, rentas considerables para llevar un "standard" de vida más elevado que lo que permiten los recursos del País, lo que hace contraste con la general miseria. Pero la desgracia es que muchas veces esas empresas no han repartido una utilidad legítima y verdadera y han estado repartiendo, no utilidades, sino el capital mismo, porque esas mismas empresas, cuando se trata de reponer su maquinaria de producción o sus "stocks" de materias primas, se encuentran con que carecen de recursos, o sea, se han descapitalizado. Sería curioso el resultado de un proceso que señalara las responsabilidades de los que han tenido la gestión de las empresas, que hoy reconocen no poder reponer ni siquiera en parte su maquinaria (por lo cual, con un instrumental de produc-

ción atrasado, trabajan con altos costos) y que, sin embargo, han mostrado balances con grandes utilidades y han dado participaciones que significan realmente repartir capital y contribuir a dar una capacidad de compra excesiva a un grupo social, dando el engañoso miraje de una prosperidad que no existía y dilapidando bienes que hoy piden a la Nación les ayude a reponer.

Por eso, hoy es imprescindible un esfuerzo de capitalización que requiere, además de los sacrificios internos, recurrir, a mi juicio, al crédito en el exterior, que no sólo sirva a las empresas de carácter público, sino que, fundamentalmente, permita a las empresas privadas y a la agricultura disponer de créditos para adquirir maquinarias y elementos de producción indispensables.

Quisiera subrayar esta idea. Con frecuencia la gente, que por lo general está mal informada en materias económicas, no puede entender cuando ve que una empresa, por ejemplo, con un capital de 200 millones de pesos, obtiene una utilidad, según su balance, de 100 millones de pesos, y después oye decir que esa empresa está descapitalizada. No entiende la distinción —y esto es grave para el concepto público— que existe en este proceso profundo de la economía del País.

Sería interesante estudiar hasta qué punto, mientras realizábamos grandes avances en acero, electricidad y petróleo, hemos simplemente desviado hacia ellos nuestras reservas y energías, olvidando algunos elementos fundamentales del desarrollo económico, cuyo atraso compensa negativamente las ganancias obtenidas.

No es que crea que este plan no haya sido necesario y trascendental y que sea indispensable continuarlo; pero se trata de no desequilibrar este progreso, porque en el organismo económico, como en el cuerpo humano, el crecimiento desmesurado de un órgano, en función de otros, constituye un peligro.

Es necesario un esfuerzo para que el País obtenga un crédito de esta naturaleza. Igual procedimiento han seguido naciones como Australia, para citar un ejemplo típico.

No se trata de obtener una nueva cantidad de dólares para instalar una nueva industria, a través de la iniciativa de la Corporación de Fomento, sino de un crédito global que permita destinar una parte considerable de él a necesidades de la industria privada y de la agricultura, que deben rápidamente renovar y modernizar sus equipos de trabajo. Sería necesario, en una palabra, presentar un plan adecuado en el cual figuren las próximas inversiones del Estado a través de la Corporación de Fomento y del Ministerio de Obras Públicas, pues considero esencial la red caminera ferroviaria, porque el transporte es la base de toda economía en marcha

—signo de la reconstrucción europea, lo daba la recuperación del transporte: puertos, ferrocarriles, puentes, caminos—, y cuota destinada a la agricultura y a industrias privadas, a aquellas cuya producción el País necesita más urgentemente y que deben señalarse taxativamente. Al respecto, en los organismos internacionales de crédito se ha insistido, poniendo el acento siempre en que el desarrollo de nuestra agricultura ha llegado a ser fundamental y en que se corre el riesgo, si no lo hacemos, de derrumbar todo nuestro esfuerzo industrial.

Tengo antecedentes suficientes para creer que si este plan se propusiera, en estas condiciones, sería posible obtener un crédito que aliviaría de una manera importante nuestra actual situación, y la colocación de esa cuota de dólares para maquinaria en la industria privada permitiría a ésta conseguir lo que más urgentemente requiere, y de hecho no ha obtenido, cada industria, individualmente, en el exterior.

Por otra parte, el Estado, al colocar estas cuotas en las empresas particulares, conseguiría la parte de moneda nacional para el desarrollo de sus planes de fomento sin recurrir a emisiones. Este criterio, a nuestro juicio, debe imponerse, porque no podemos desarrollar unilateralmente el País emprendiendo nuevas obras, si el instrumental de trabajo de la empresa privada queda atrasado, con una producción cara y deficiente.

Otros países han aplicado esta fórmula y otros gestionan créditos dentro de este criterio y estoy en situación de afirmar que sería un camino posible, más aún, de que en los organismos bancarios internacionales de créditos lo consideran el único lógico.

DISCIPLINA SOCIAL

Sé que se me va a formular de inmediato, por algunos, la crítica de que este esfuerzo de producción no podrá hacerse sin lo que llaman “la disciplina social”. Esa fué la idea matriz del Honorable señor Fernández, que tiene el mérito de exponer con claridad y hasta sus consecuencias últimas el pensamiento que otros esbozan.

Pero la sola disciplina social no va a reemplazar la carencia de capitales, la carencia de maquinarias, de transportes, la presión de los precios del exterior. ¿Es falta, acaso, de disciplina social lo que produce las tremendas presiones inflacionarias para combatir las cuales solicita el Presidente Truman al Congreso facultades omnímodas y “controles” que abarcan toda la economía? ¿Se puede decir honradamente que en estos últimos dos años la producción agrícola no ha aumentado o ha disminuído el último año en los campos, por falta de disciplina social?

Leo en el informe de la Comisión Económica para la América Latina, la siguiente conclusión de un análisis de la producción industrial de Chile: "Estas cifras, dice refiriéndose al período 1940-1950, hacen aparecer un aumento del 45,6% en el volumen de la producción con respecto a 1940, y del 22,7% con respecto a 1945, lo que puede considerarse como un ritmo bastante elevado. También es satisfactorio el hecho de que la productividad expresada por la relación entre el índice de la producción y el índice de ocupación, haya aumentado; con un número de obreros-día inferior en 8,6% del registrado en 1945, se ha obtenido un mayor volumen de 22,7 por ciento".

Esto, en cuanto a la industria. En cambio, al referirse a la productividad por persona activa en los campos, dice: "Entre 1945-1949, el índice de productividad agro-pecuaria por persona activa, no obstante las variaciones que muestra, no señala ningún cambio apreciable y sostenido, pudiendo por el contrario, afirmarse que más bien existe una tendencia al estancamiento del coeficiente de productividad por hombre ocupado".

No puede decirse que en la agricultura haya habido en estos últimos cinco años menos disciplina social que en la industria.

En cambio, resulta de una claridad meridiana que el obrero ha rendido más en aquellas faenas en que ha mejorado su instrumental de trabajo y no ha progresado en la agricultura, porque ésta se ha detenido por los diversos factores ya señalados.

Nadie sería tan insensato para pensar que no debemos desarrollar la producción que es riqueza, especialmente en un país en que todo está por hacerse, en que las exigencias sociales se presentan de una manera tan aguda y en que cada población reclama hospitales, escuelas, agua potable, alcantarillado, caminos, cárceles, pavimento, y, más que eso, casas, comida y ropa. Este esfuerzo de producción exige sacrificios y disciplina; pero el gran problema es cómo conseguirla. Hay sólo dos maneras: la fuerza o la convicción. Si no somos capaces de la segunda, habremos renunciado de antemano a vivir en la democracia.

Vencer el proceso inflacionista es fácil tarea en las dictaduras, que pueden rebajar el "standard" de vida ahogando toda protesta; pero es ardua empresa en un régimen de libertad.

Parecerá utópico, pero creemos que no hay otra alternativa para obtener esa disciplina y superar la inflación, que el consentimiento del pueblo. Entonces sí que la autoridad adquiere fuerza y puede imponer normas a las cuales todos se sometan. Pero para ello es necesario que el pueblo tenga fe en que esa disciplina no es unilateral, que no se le impone sólo a él para que no haya huelgas, mien-

tras el nivel de vida, el poder de compra y el lujo, comparado sobre todo con su miseria, son el patrimonio de otros grupos sociales que piden y sostienen ese régimen de tanta disciplina.

Encontrar soluciones políticas cuando el organismo económico es sano, es muy sencillo. Pero hoy afrontamos una situación económica grave: para el consumidor, el obrero, el empleado: la angustia del vivir; para el productor, las consecuencias de una descapitalización de sus empresas y la búsqueda de una cantidad cada vez mayor de créditos, que le da sólo billetes y no maquinarias modernas para trabajar, "stocks" de materias primas, elementos reales de producción. A todo esto se suma el trastorno de una prematura campaña presidencial y el bajo nivel moral que engendra la inflación, donde el acaparamiento, la fluctuación de los precios, posibilitan rápidas fortunas nacidas de la especulación, lo que desmoraliza al productor y al hombre del pueblo.

Estoy cierto de que si no hay visión para emprender y medir el riesgo, las más penosas consecuencias caerán sobre todos.

No puedo concebir una política y una solución estable sin el apoyo, no sólo de los productores, sino del pueblo mismo. No se puede estar contra el ritmo mismo de la historia y las exigencias de la justicia.

Es curioso lo fácil que es dejarse llevar por la pendiente del menor esfuerzo para resolver estas ecuaciones: unos piensan, simplemente en la fuerza; otros, sólo en la revolución.

Nada más sencillo que ver en cada huelga una amenaza para pedir facultades extraordinarias, apresar a los dirigentes sindicales, declarar zonas de emergencia o llegar, si es preciso, al estado de sitio: como dicen algunos, es conveniente saber quien manda, y muchas veces aparecen justificados por la perjudicial repetición de los conflictos. Por eso, ocurre en la práctica que quienes observan con otra mirada estas situaciones encuentran en ellas fundamentos de justicia y saben que sus dirigentes no son delincuentes, y por eso buscan, antes que la represión, el acuerdo.

Esta sola actitud es condenada por los que creen que oír y dar razones constituye debilidad o sirve para incrementar el desorden. Ignoran qué esfuerzos de paciencia, serenidad y carácter se requieren para hablar y convencer en esas ocasiones. Muchas veces esos dirigentes —no todos, por cierto— han esperado meses para ser oídos y sólo han obtenido tramitaciones.

Y cuando se obtiene un arreglo pacífico, se produce el furor de los que buscaban, como dicen, una "definición", que sería, en buen romance, el aplastamiento. Y aquí es donde ocurre la gran paradoja, la sorprendente conjunción: es igual el enojo de ambos ex-

tremismos: los que quieren liquidar lo que llaman subversión por la represión violenta y los que no quieren arreglos, por que a través de los conflictos van tras la revolución. Unos y otros no han conseguido su objeto, unos y otros acusan enfurecidos.

Yo creo que luchando en el seno de las organizaciones del trabajo para que respeten la ley y llevando a ellas la convicción de que en definitiva este camino les permitirá conquistas más sólidas, es como se va consolidando la posibilidad de una evolución pacífica, de una transformación por etapas necesarias. A eso se oponen ciertos partidarios de la autoridad, que sólo ven en ella la misión primitiva, ignorando que estos conflictos son las manifestaciones universales de cambios inevitables, que es necesario encauzar a tiempo, si queremos que la democracia sobreviva en lo que tiene de valioso: el respeto por el hombre y sus derechos.

Por eso mismo, aquellos dirigentes gremiales que creen que prestan un servicio a las organizaciones del trabajo empujándolas al choque y a la ilegalidad, no las están precisamente consolidando. Si miden las fuerzas en juego, dentro del país y en el exterior de nuestra América, las están llevando al desastre y al desprestigio, y mirando, aunque lo nieguen, más sus finalidades políticas que la defensa del trabajo.

El abuso repetido de estos recursos extremos obligará fatalmente a una represión, en la cual los gremios serán destruidos; y es así como un extremismo termina por servir al otro.

Yo sé lo difícil que es hablar de la ley cuando ella no es perfecta o se aplica tan imperfectamente; pero si se piensa con madurez, se comprenderá que por el camino de la ilegalidad el País no encontrará la síntesis que busca.

El trabajador de nuestro tiempo conoce su importancia. Oímos hablar de los productores con inmenso respeto. Acompañamos a los que así los alaban; pero no han pensado que hoy, entre los productores más importantes del País, están, por ejemplo, los paleros en Chuquicamata, cuya paralización significa la mayor pérdida económica. No es justo seguirlos mirando sólo como hombres peligrosos, sino con la visión del valer de su esfuerzo. Pero el valer de ese esfuerzo tiene un precio justo, que se puede reclamar como reclama cualquier productor honorable. ¿Qué otro grupo en Chile, por importante que sea, si deja de trabajar, disminuye las entradas del País en igual número de millones?

Yo sé que a esto se llama demagogia. No, señores Senadores, no es demagogia, es el lenguaje de los hechos. Queremos para todos los grupos sociales disciplina social, pues sin autoridad no hay sociedad constituida; pero busquemos los fundamentos morales que

hacen a la autoridad fuerte e impongamos sus normas por igual y sin prejuicios.

No titubharemos jamás ante una amenaza a nuestro régimen jurídico; pero nos negamos a ver, en cada conflicto, al régimen mismo en peligro. Lo creemos más fuerte y tenemos confianza en la razón. Por eso, si bien la autoridad no puede transigir, debe buscar, por los caminos que la vida misma de los partidos y la comunidad nos señalan, los medios para que los grupos humanos acepten la ley y terminen los conflictos que se han provocado. No hay duda de que es más fácil, más contundente, aplicar el castigo; pero un país no puede vivir esa atmósfera continuamente, sin acumular los elementos para un estallido.

Algunos a esto lo llaman debilidad: se creen tan fuertes, que no quieren sino decisiones. Por el contrario, requiere mucha más fuerza moral seguir este difícil y arduo sendero de la razón, esta confianza en el hombre, aunque otros lo azucen a la desesperación y a la venganza. Se puede unir así la serenidad a la firmeza.

Esta posición, que es difícil en tiempos ordinarios, lo es mucho más ahora.

El pueblo sabrá dar su esfuerzo, y una autoridad será enérgica y eficaz en la medida en que el inmenso sector del trabajo, hoy fundamento de toda acción económica y política, sienta y sepa que este esfuerzo que se le pide y el sacrificio que se reclama serán compensados por su participación activa en la dirección de la vida del País y en los resultados económicos que se obtengan.

Yo tengo la firme convicción de que así puede superarse la demagogia irresponsable de los que creen agotada nuestra capacidad de evolución dentro del marco jurídico; pero sólo podemos salvar nuestras instituciones renovándolas y transformándolas oportunamente. Para ello, los que hoy son dueños de los bienes y dirigentes de la economía debe tener la generosidad de entender a tiempo. Si no lo entienden, y, cerrados en la visión de su propia imagen del País y de sus intereses, por legítimos que puedan parecerles, y en la natural aspiración que surge frente a una elección presidencial, de llegar al Poder, creen que el País piensa, lo que la prensa que ellos mismos controlan, contribuirán decisivamente al derrumbe.

En mis palabras no hay pretensión ni augurios. Sólo hay una convicción de que este proceso no se detendrá sin un doloroso esfuerzo de todos y de que toda fórmula política estable debe tener un signo de servicio popular, progreso y ascensión del trabajo humano hacia un nuevo plano de responsabilidad y al ejercicio de nuevos derechos.

Son estas las fuerzas que laten en el movimiento gremial y que deben interpretar los partidos para que no se conviertan en fuerzas desorbitadas, porque interpretados justamente representarán aquí, como en otras naciones, una expresión constructiva de los anhelos del trabajo organizado frente a la asociación de los productores y del capital. Si no se superan por una política nacional, estas fuerzas irán hacia un antagonismo de intereses que trituran al País.

INDICE

	Págs.
EMOCION DE CHILE	277
EL PROBLEMA INTERNACIONAL, por <i>Julio Silva Solar</i>	279
LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO, por <i>Jacques Duboin</i>	288
LAS POSIBILIDADES DE LA PAZ, por <i>Jacques Chonchol</i>	290
PANORAMA NACIONAL	304
DOCUMENTOS:	
SITUACION ECONOMICA, POLITICA Y SOCIAL DE CHILE, por <i>Eduardo Frei Montalva</i>	309



Este número de POLITICA Y ESPIRITU, Cuadernos mensuales de Cultura, Política y Economía Social, se terminó de imprimir el 23 de Agosto de 1951 en los Talleres de la "Editorial del Pacífico, S. A." (San Francisco 116, Santiago de Chile).



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

EJEMPLAR \$ 20 00

PRINTED IN CHILE

AGOSTO DE 1951

TALLERES EDIT. DEL PACIFICO S. A.